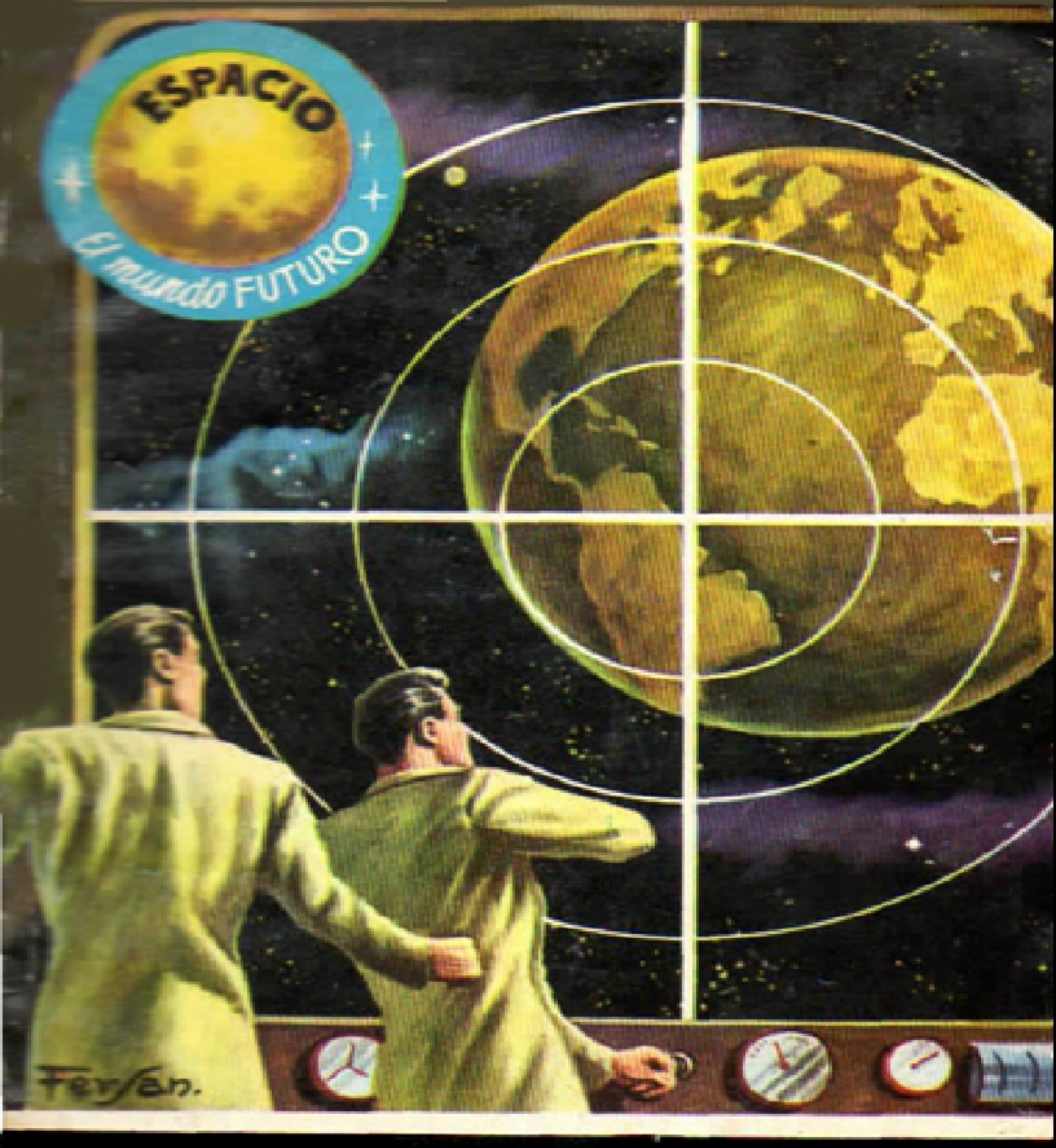


CONQUISTARÁS LA TIERRA

CLARK CARRADOS

Conquistarás la Tierra

Clark Carrados

Espacio El Mundo Futuro/132

CAPÍTULO PRIMERO

Esperaba hacía algún tiempo aquel aviso, pero, a pesar de todo, cuando lo recibí, confieso que hube de sentarme en una silla, pues mis piernas eran incapaces de sostenerme en pie.

Durante unos momentos permanecí completamente inmóvil, recapacitando sobre lo que iba a ser de mí de ahora en adelante. A partir de este momento, mi vida iba a tomar un sesgo completamente distinto.

Hasta ahora había sido un joven que apenas si se había ocupado de otras cosas que sus estudios y sus deportes. Esta existencia, ciertamente fácil y agradable, pero en ningún momento banal ni vacía de contenido, había quedado atrás. En adelante, tenía una misión que cumplir.

Y la misión no era fácil, ni mucho menos. Diciéndolo en pocas palabras, tenía grandes probabilidades de dejar la vida en el empeño. Como muchos de los que me habían precedido y de los cuales ya no se había vuelto a saber más.

Pero no era posible volverse atrás. Gran parte de mis estudios habían estado dedicados precisamente a esto, y ahora, los que me habían proporcionado medios de subsistencia y medios para estudiar, en fin, que me habían mantenido prácticamente desde que supiera tenerme en pie, venían a reclamar el pago de la deuda. Posiblemente era mi vida el importe de lo que les debía y no podía negarme a ello.

Al cabo de unos minutos me levanté. Caminé despacio hacia el cuarto de aseo, donde me lavé y me cambié de ropa, mediante el sencillo procedimiento de arrojar la usada al incinerador y extraer una limpia

del armario correspondiente cuando se lo pedí. Después, antes de salir, quedé unos momentos contemplándome en el espejo.

Me vi alto, robusto, fuerte, de anchos hombros y escurridas caderas y rostro agradable, aunque sin exceso de masculina belleza. Para peinarme me bastó pasar los dedos por el corto y revuelto cabello de color un tanto claro y, una vez satisfecho de mi aspecto exterior, salí.

En la puerta me aguardaba ya un atóbil de la Guardia Roja, ocupado por dos de sus célebres miembros, uno de los cuales era el que, desdeñando los medios habituales de comunicación, había sido el portador del mensaje.

Apenas me vio aparecer se precipitó a abrirme la puerta, con servil deferencia. Diez minutos antes, me hubiera encontrado en la calle y hubiera tenido que cederle el paso, volviendo la cara para no mirarle. Si al tipo se le hubiera ocurrido darme una orden, aunque esa orden hubiera consistido en arrastrarme a gatas por el suelo y lamer las huellas de sus pisadas, yo le hubiera tenido que obedecer, sin más réplicas.

Pero ahora era todo distinto. Ahora era yo un personaje que podía, si quería, hacerle actuar de la manera que he descrito. Y el guardia lo habría hecho, no sólo sin vacilar, sino hasta con alegría.

Pero nunca me ha gustado ser así. De modo que, contestando negligentemente al obsequioso saludo que me dirigía, penetré en el atóbil y me arrellané en el asiento posterior.

El atóbil era, como los hombres que lo ocupaban, rojo por completo, pareciendo una llama viva cuando se desplazaba velozmente, haciendo caso omiso de todas las reglamentaciones del tránsito. Nos elevamos a unos cuantos metros sobre el suelo, por encima de la capa de atóbiles particulares que circulaban incesantemente en todos los sentidos, y nos encaminamos hacia el lugar donde moraba el hombre que me había llamado.

Atravesamos la ciudad en contados minutos. Pronto divisamos el palacio a lo lejos.

Vi al guardia conductor hacer las señas de reconocimiento y, aunque esto no lo percibí, supe que la invisible barrera que protegía el palacio acababa de ser abierta para franquearnos el paso. Una valla de electricidad de alto voltaje, tendida de extremo a extremo de dos postes, sin cables conductores, impedía que nadie, sin el permiso debido, pudiera penetrar en el área donde moraban los que nos

gobernaban. La electricidad hubiera quemado imparcialmente el coche y su ocupante, si éste hubiera sido tan loco de querer penetrar allí sin el debido permiso, y todo el palacio estaba totalmente rodeado, por arriba y por abajo, de aquella barrera eléctrica, cuyo solo contacto significaba la muerte.

Me recibió un capitán de la guardia, que me identificó cuidadosamente. Me pasó a manos de un coronel, no menos cuidadoso, el cual, por último, me entregó en manos del general Iask, comandante en jefe de la Guardia Roja. Éste, tras la última y definitiva identificación, me dijo:

—Sígueme.

Obedecí sin pronunciar palabra.

Atravesamos una gran sala, vacía en aquellos momentos, dirigiéndonos a la puerta situada en el extremo. Al llegar allí, Iask habló brevemente por el micrófono situado junto al marco, y luego esperó.

Hubieron de pasar algunos minutos, casi diez, antes de que la puerta, en absoluto silencio, se deslizara a un lado. Iask se apartó, haciéndome signos de que entrara.

Él se quedó fuera. Yo, después de una brevísima vacilación, eché a andar.

Me encontré en una estancia amplia, pero no tanto como la que acababa de abandonar, amueblada con lujosa sencillez. Una gran mesa de trabajo y algunos sillones, eso era todo. Sin embargo, yo sabía que detrás de los lujosos paneles que había en las paredes, había libros y «films» de incalculable valor, aparte de instrumentos de control, de los cuales yo había oído mil fantasías, ninguna de las cuales, sin embargo, se aproximaba a la verdad… porque eran más fantásticos aún de lo que se decía.

Un hombre había en la estancia, tras la mesa, sentado, estudiando unas películas con una lupa sencilla. Al verme entrar, dejó ambas cosas sobre la mesa y, juntando las yemas de los dedos, me miró.

Escrutó mi aspecto durante un largo minuto, al cabo de cuyo tiempo, satisfecho sin duda de su examen, dijo:

—Híos, hijo de Híos y nieto de Híos. Número ED-745Z80. Puntuación doce coma noventa y siete. Clase W cuarta, especie, noveno grado.

«Exacto», pensé.

Éstos, al parecer, signos cabalísticos, resumían mejor que todas las palabras, mi existencia anterior. Y muchos hubieran querido alcanzar aquellos coeficientes que tan alto hablaban de mi grado de preparación.

—Así es, Magnificencia —contesté, haciendo una breve inclinación de cabeza.

El hombre que tenía delante de mí volvió a mirarme, ahora de pie, desarrollando su menguada estatura, como si quisiera saber más cosas. Era delgado, casi esquelético, hechos que quedaban bastante disimulados por la amplia túnica que le flotaba a partir de los huesudos hombros, pero toda su insignificancia física quedaba oculta, borrada, por aquellos ojos negros que, brillando en el fondo de unas profundas cuencas, parecían volverle a uno del revés.

—Híos, supongo que ya sabes por qué se te ha llamado.

—Así es, Magnificencia.

—A partir de ahora suprimirás los tratamientos. Sin que en ningún momento dejes de olvidar la distancia que hay entre ambos, llámame por mi nombre. Soy Dubuth.

Ahora sabía mejor quién era el hombre que tenía frente a mí.

Cuando los guardias rojos fueron a buscarme, yo sabía que uno de los miembros de la Pentarquía había enviado en mi busca. Pero ignoraba cuál de ellos había sido. Ahora ya sabía que era nada menos que Dubuth, el tercer Pentarca, el autor del aviso.

Porque ya es hora de que diga que todas aquellas escenas se estaban desarrollando bajo la superficie, a varios kilómetros de la capa exterior de nuestro planeta, el cual estaba horadado por una gigantesca serie de túneles de varios centenares de millares de kilómetros de longitud, midiendo, por término medio, dos de altura por tres o cuatro de anchura; que este planeta era Marte y que, en fin, el que esto escribe, es un marciano.

—Estoy completamente satisfecho de tus informes, Híos —dijo Dubuth —. Se te ha preparado, tú no has sido el único, para cierta misión, la hora de cuyo cumplimiento ha llegado ya. Tienes que partir para el Tercer Planeta de nuestro sistema, aquel cuyos moradores denominan Tierra.

—Sí, Dubuth —contesté, procurando dominar cierto temblorcillo que, intempestivamente, acababa de sacudir mis rodillas.

—Sin embargo —contestó Dubuth—, antes de darte ninguna instrucción particular, he de enseñarte algo. Ven, sígueme.

Obedecí. Dubuth salió de detrás de su mesa, dirigiéndose hacia la pared que tenía a sus espaldas. Me coloqué a su lado y aguardé.

Un trocito de muro se descorrió a un lado, dejando ver un negro hueco. Dubuth cruzó el umbral y yo le seguí.

La puerta se cerró e, inmediatamente, el suelo empezó a ascender.

Cinco minutos más tarde desembocábamos en una espaciosa sala y al ver lo que en ella había, no pude contener un grito de admiración.

Tres o cuatro hombres, científicos de grado muy superior al mío, sin duda alguna, se afanaban en sus instrumentos, uno de los cuales parecía ser un colosal telescopio, en aquel momento replegado sobre sus soportes. Pero enseguida vi que todavía estábamos bajo la superficie y que, en aquellos momentos, no se estaba efectuando ninguna observación astronómica.

Uno de los sabios se acercó a Dubuth. Éste le habló brevemente y aquél asintió.

Enseguida, «todo» el piso del observatorio comenzó a elevarse.

A pesar de todo, no pude contener un parpadeo de asombro. Sabía muchas cosas, pero aquello era superior a todo. Y, además, había algo terriblemente importante en mi vida: por primera vez iba a contemplar la superficie de mi planeta.

El observatorio continuó ascendiendo. Por encima de nosotros algo se separó, permitiéndonos el paso, y entonces la cúpula emergió a la superficie.

La cúpula, en aquellos momentos, era completamente transparente, permitiendo una amplia visión de cuanto nos rodeaba. Tierras rojizas y amarillentas, surcadas aquí y allá por anchos y hondísimos canales, cuyo término se perdía en el horizonte; lejanas colinas de redondeadas crestas, nubes parduscas, conteniendo más arena que vapor y, hacia el norte, el pálido brillo de las plantas que crecían a su influjo, esto fue todo cuanto pude apreciar cuando mis aturdidos ojos se hubieron asomado, al fin, por primera vez desde que se habían abierto a la luz,

a la superficie exterior de Marte.

Pero Dubuth no me había traído allí para contemplar aquel árido panorama. Levantó una mano, hizo un signo, y al instante toda la cúpula se ennegreció.

Al mismo tiempo, el colosal telescopio, cuyo diámetro calculé en diez metros al menos, empezó a desplegarse, ascendiendo hacia su sitio en la cúpula, la cual era totalmente estanca, con objeto de mantener la presión correspondiente. Cuando terminó de moverse, el astrónomo empezó a manejar otros instrumentos.

Dubuth hizo señas de que le siguiera. Nos sentamos en dos sillones, frente a una gran pantalla de televisión, de dos metros de lado, aproximadamente.

Todo signo de luz se extinguió. Inmediatamente, la pantalla se iluminó con la visión de miles de astros que brillaban, centelleando en el espacio exterior.

La imagen fue aumentando de tamaño y las estrellas desplazándose a los lados, produciéndonos la sensación de que volábamos a una terrible velocidad en el espacio exterior. Pronto vimos un astro que brillaba más que los demás, despidiendo una curiosa y bella luz azul.

El astro continuó aumentando de tamaño hasta convertirse en un esplendoroso globo, escoltado por otro de mucho menor tamaño, que brillaba refulgiendo en la noche eterna del espacio. Vi áreas sólidas y otras, éstas mucho mayores, líquidas, cubiertas muchas veces de nubes blancas y, sin poderlo evitar, los ojos se me llenaron de lágrimas.

Allí estaba el mundo que nosotros hubiéramos deseado tener. Un mundo, agua abundantísima y vegetación floreciente; un mundo que lucía bajo el Sol, recibiendo de éste el calor y la vida; un mundo, en fin, en el que la arena y la escasez de oxígeno parecían proscritos.

—Ése es el planeta que tienes que conquistar, Híos —me dijo Dubuth, arrancándome de aquella especie de éxtasis en que había caído—. Ése es el mundo que tienes que conquistar para nuestra raza.

—Sí, Dubuth —contesté, con voz estrangulada por la emoción.

—Te he traído aquí —continuó el Pentarca—, porque he querido que lo vieras en su estado natural y no a través de fotografías y «films» que, por perfectos que sean, nunca pueden dar una imagen exacta de la realidad. Dentro de poco estarás en él, y es conveniente que

conozcas algunas cosas que todavía ignoras.

El Pentarca hizo una breve pausa y luego continuó:

—Híos, tú no ignoras que, pese a todo, estamos condenados a una lenta desaparición. Hubiéramos desaparecido ya, extinguiéndose totalmente nuestra raza, de no haber sido por la sabiduría de nuestros antepasados, los cuales previeron lo que iba a ocurrir y, hace miles de años, ordenaron comenzar la excavación de los subterráneos en que hoy vivimos. De no haber sido por ellos, tú y yo no estaríamos hoy aquí.

»Somos una raza vieja, Híos, y las razas viejas mueren indefectiblemente si no se les renueva la sangre. Hemos de mezclarnos con los habitantes de la Tierra, pero sólo después que la hayamos conquistado. Mientras tanto, tú y otros como tú, prepararéis esta conquista.

Asentí de nuevo:

—Sí, Dubuth.

—Vivimos bajo tierra, en una atmósfera artificial, y queremos que nuestros descendientes sepan qué es el soplo de la brisa en sus rostros; que olviden por completo lo que son las máscaras de oxígeno cuando estén en la superficie; que conozcan qué es poder usar el agua sin tasa alguna; que sepan qué es descansar de sus fatigas cotidianas echados en un verde y jugoso césped, bajo las hojas de un árbol que les protege del sol, con una mano en el agua de un arroyo próximo; que conozcan el sabor de los alimentos naturales, que... En fin, tantas y tantas cosas de que los terrestres disponen y de las cuales nosotros, pese a nuestra superior civilización, carecemos.

»Los terrestres están intentando los viajes espaciales. Nosotros podríamos ayudarles, y les ayudaremos, pues, aun de civilización muy adelantada, no pueden, sin embargo, compararse a nosotros. Nosotros —prosiguió el Pentarca—, hemos conseguido la iluminación sin lámparas, como sabes, a base de fotones, que son las partículas luminosas suspendidas en el aire que nos rodea. Hemos conseguido los viajes espaciales, porque sabemos anular la fuerza de la gravedad a nuestro antojo. Y tantas y tantas cosas que tú sabes y que no es preciso enumerar.

»Pero los terrestres tienen un gravísimo defecto: su afición a las guerras. Continuamente están peleándose unos con otros y esto, que hasta ahora podría haberse tolerado, es preciso impedirlo a partir del

actual momento. Los terrestres han aprendido a utilizar el átomo, pero lo usan más en sus armas que en sus instrumentos de ciencia y ello, francamente, Híos, me da mucho miedo.

»Cualquier día puede estallar en la Tierra una guerra de feroces proporciones. Los terrestres, ciegos, utilizarán sus armas atómicas, y ese paraíso que es hoy el tercer planeta, que contiene menos de tres mil millones de habitantes y capaz, al menos, para diez veces más, puede convertirse en un erial sembrado de radiactividad, lo que lo haría inhabitable durante miles de años, espacio más que suficiente para que toda la raza marciana acabara por desaparecer.

»Esto es lo que nosotros hemos de impedir —dijo Dubuth—. Podemos hacerlo y lo haremos. Y tú serás uno de los brazos ejecutores de nuestros propósitos.

Por primera vez desde que me habían llamado, me atreví a hablar por mi cuenta.

—Así, pues, no iré solo a la Tierra.

—Ciertamente —respondió Dubuth—. No eres el único que irá a la Tierra, aunque sí harás el viaje solo.

Sonrió levemente y me explicó aquella aparente incongruencia.

—Harás el viaje en tu astronave como único pasajero y piloto al mismo tiempo. Pero otros han salido para allá y otros te seguirán. Obraréis independientemente y sólo entraréis en contacto cuando se os ordene. No debéis conoceros mutuamente por razones obvias y sólo en casos realmente urgentes podréis entrar en relación.

Incliné la cabeza. Cuando a uno lo han estado preparando para tal misión, casi puede decirse desde que nació, cuando todos los afanes han estado encaminados a enviarlo como agente secreto a un planeta remoto, no se puede decir que no. Es preciso obedecer… y, además, yo comprendía perfectamente las razones expuestas por el Pentarca, las cuales no eran sino una confirmación de todo cuanto yo había hecho en años anteriores.

—He de decirte todavía una cosa muy importante, Híos.

—Sí, Dubuth.

—Es… el punto más delicado de toda la cuestión, Híos. Se trata… —y aquí la voz del Pentarca expresó una clara vacilación, tanto más

extraña cuanto su tono había sido absolutamente firme y seguro hasta entonces—. Se trata —repitió—, de que todos, «absolutamente» todos cuantos agentes hemos enviado hasta ahora, han enmudecido a los pocos meses de su llegada a la Tierra.

Le miré a los ojos.

Él también estaba preocupado.

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal. Dubuth se dio cuenta de ello y sonrió.

—Sí, Híos, es cierto. Ninguno ha vuelto. Todos marcharon animados de las mejores intenciones... pero al poco tiempo, sus informes cesaron en absoluto. ¿Están los terrestres informados de nuestras intenciones? ¿Han podido capturar a algún agente y, por los medios que sea, interrogarle y enterarse así de lo que preparamos? No lo sé —añadió con un suspiro—. Sólo puedo decirte, Híos, que más que cualquier otra cosa deseo saber qué ha sido de nuestros agentes.

»Quiero saber.

»Quiero averiguar qué les ha ocurrido. Si han muerto o, si fueron capturados, viven todavía... presos de los terrestres.

Asentí.

—¿He de intentar liberarlos en este caso, Dubuth? —inquirí.

No vaciló.

—No —me contestó el Pentarca—. Solamente informar. El resto... ya lo haremos nosotros en el momento oportuno.

—Comprendido.

Moví la cabeza afirmativamente. Dubuth dijo todavía:

—Ya no me queda más que decirte. No, acaso algunas cosas... Ya te las iré diciendo mientras preparamos la salida. Ahora, vamos. Todavía tenemos mucho trabajo.

Ambos nos levantamos.

Dubuth hizo una seña y la imagen del Tercer Planeta empezó a disminuir de tamaño. Poco a poco, aquel globo se fue alejando en el espacio hasta convertirse en un brillante punto de luz azulada que

resplandecía con gloriosos fulgores en medio de la orgía de estrellas y soles que lo rodeaban, destacándose como una joya irreal.

Durante unos segundos, permanecí contemplando fijamente aquel punto de luz, como queriéndome empapar de su contenido, tratando de conocerle antes de que mis pies hollaran su suelo con el paso firme y seguro del conquistador.

CAPÍTULO II

Al fin llegué a la Tierra.

Durante el viaje no ocurrió nada de particular. Salvo la inevitable monotonía que produce el hallarse uno solo, sin la menor compañía, a bordo de una diminuta astronave, en una reducida cabina cuyo espacio se ha constreñido al mínimo indispensable para la vida, todo lo demás fue perfectamente soportable.

Para mayor abundamiento, en la segunda mitad del trayecto empecé a captar ya las imágenes de televisión que emitían los terrestres, lo cual no dejó de ser una distracción muy aceptable que acortó considerablemente los momentos de hastío y me proporcionó numerosas enseñanzas que más tarde habrían de servirme en mis andanzas por un planeta que, pese a todos mis estudios, resultaba desconocido para mí.

Aterricé en un lugar momentáneamente desierto de gente, aunque no de vegetación, aprovechando que la estrella de nuestro sistema se hallaba en el lado opuesto del planeta. Inmediatamente me sentí abrumado por una sensación completamente nueva para mí.

¡La gravedad! La gravedad terrestre, tres veces superior a la marciana, que me aplastó contra el asiento de la astronave, oprimiéndome con terrible fuerza y haciéndome jadear en busca de un aire que dificultaba el penetrar en mis pulmones.

Pero esta desagradabilísima sensación duró muy poco. Dubuth no era hombre que dejara nada al azar y me había provisto de un cinturón antigravitatorio, cuyos mandos manejé, ajustándolo a la gravedad de mi planeta, de modo que pronto estuve de nuevo en condiciones.

Me levanté, desciñéndome las correas y, a través de la cúpula

transparente, estudié el terreno que me circundaba.

Por unos momentos, contemplé absorto aquella fértil vegetación, propia de un mundo repleto de agua: árboles altísimos, de diez y veinte metros de altura, con una exuberancia de ramas y hojas como yo jamás podía haber imaginado; plantas de todas clases, con flores de brillantes colores, los cuales relucían de un modo singular al ser heridos por la plateada luz del satélite de la Tierra, entonces en su fase más brillante… y, sobre todo, ¡agua!

Cogí algunos instrumentos que había llevado conmigo y que debían seguirme a todas partes y salté fuera de la astronave. Hoy puedo reírme; si entonces hubieran hallado mi navecilla, todas esas fábulas de los platillos volantes y naves extraterrenas, hubieran tenido su adecuada confirmación.

Pero no, nadie debía saber aquello, al menos hasta que el momento adecuado hubiera llegado. Y este momento estaba muy lejos aún.

Apartándome del disco que me había traído a la Tierra, lo contemplé unos segundos. Luego, el artefacto comenzó a derretirse como si fuera de blanda cera, convirtiéndose en un montón de algo entre líquido y gelatinoso, que muy pronto empezó a humear.

Un cuarto de hora más tarde no quedaba allí el menor rastro de mi llegada a la Tierra. Contemplé el sitio donde había aterrizado, con cierta melancolía, es la verdad, pensando en que no sabía el tiempo que pasaría antes de poder regresar a mi planeta, si todo me salía bien, y luego eché a andar.

Pero antes de alejarme definitivamente de allí, no pude por menos que acercarme al arroyuelo que corría a pocos metros de distancia. Me senté en su orilla y metí las manos en el agua.

Fue una sensación completamente nueva para mí. En Marte vivíamos pendientes del agua, utilizándola con una parquedad de la cual no se tiene la menor idea siquiera, y aquella corriente, transplantada a mi planeta, hubiera provocado un serio conflicto de orden público, tan sólo por el ansia de contemplarla.

Tomando una poca en el hueco de la mano, bebí largamente, disfrutando de lo que en aquellos instantes me parecía un néctar de los dioses. Jamás había bebido un agua con un sabor, valga la paradoja, más agradable que aquél. El líquido, fresco, puro, absolutamente transparente, pasó a través de mi garganta como promesa de futuras delicias, apenas entrevistas todavía.

Después, llevando mis instrumentos en una maleta pequeña, que abultaba muy poco y era fácil de llevar, eché a andar. Vestido como un terrestre, hablando tres o cuatro de los idiomas más comunes en aquel planeta; con incluso documentación terrestre, facilitada al precio de sabe Dios qué increíbles esfuerzos, poco miedo tenía yo al porvenir.

A lo lejos, divisé una serie de luces que corrían velozmente en ambos sentidos. No dudé que me hallaba en el buen camino y apreté el paso.

Pocos minutos más tarde, me hallaba al borde de una autopista bastante concurrida, por la cual circulaban los automóviles en ambas direcciones, con los faros encendidos, a toda velocidad.

De pronto me sentí mareado y vacilé. Perdí el equilibrio y caí a tierra, apoyándome en el asfalto con ambas manos.

Unos frenos chirriaron muy cerca de mí, al mismo tiempo que la luz de unos faros me golpeaba despiadadamente el rostro.

Luché con el desvanecimiento que trataba de apoderarse de mi ánimo, consiguiéndolo no sin un gran esfuerzo. Casi en el mismo momento, oí una voz que me preguntaba:

—¿Se encuentra mal? ¿Qué le ha ocurrido?

Deslumbrado por el cegador rayo de luz de los faros, no pude ver el rostro de mi interlocutor. Pero, por el tono de su voz, colegí al instante se trataba de una mujer.

Sentí sus manos ayudándome a ponerme en pie. Vacilé todavía y, al fin, logré mantener el equilibrio.

—¿Qué le pasó? —insistió ella.

Arrugué la nariz. ¿Cómo le iba a confesar a la terrestre que yo era un marciano y que, si había estado a punto de desvanecerme, había sido por aspirar aquella hedionda atmósfera, impregnada del olor de la gasolina quemada? Pero ella no parecía sentirlo y se encontraba tan ricamente allí.

—Na... nada... —repuse, habiéndome dado cuenta que me habían interpelado en uno de los idiomas conocidos—. I... iba a cruzar y de pronto me asaltó un mareo...

—Pues menos mal que le vi a tiempo. De lo contrario, lo plancho.

—¿Planchar? ¿Qué es eso? —pregunté, estúpidamente.

—¿Eh? ¿Qué está diciendo? —se asombró ahora la terrestre.

—Dispénseme —dije, temiendo haber metido, la pata—. Ha sido... una equivocación. Todavía no rige muy bien mi cabeza y...

—Vamos, vamos —dijo ella dulcemente—, venga conmigo. ¿Hacia dónde se dirige?

—Pues... —y me detuve, vacilando, absorto, atontado, porque, la verdad, no sabía dónde estaba. No había contado con que mi primer contacto con la Tierra fuese de aquella manera y estaba completamente desorientado.

De pronto, la terrestre soltó una exclamación:

—¡Dios mío! Pero... si es... ¡Maestro! —exclamó—. ¿Qué hace usted aquí y a estas horas?

—¿Eh? —me sobresalté. ¿Por qué me llamaba «maestro? Parecía conocerme, pero, ¿de qué?

Sentí que sonreía, comprensiva.

—La fama que le acompaña no miente, Maestro. ¿No tiene su coche por aquí cerca, verdad?

—No, claro... —balbuceé, completamente aturdido.

—Yo le llevaré a su hotel. Nos alojamos juntos, ¿sabe?

—Oh, sí, claro... pero no la reconozco a usted, terrestre. ..

—¡Qué buen humor tiene usted, Maestro! —exclamó ella, soltando una argentina carcajada—. Vamos, vamos; precisamente, yo también me dirijo hacia Madrid y le dejaré en su hotel... que es también el mío. ¿Es guapa?

—¿Quién es guapa? —pregunté estúpidamente.

Me senté en la parte delantera del automóvil, hallándola bastante cómoda para lo que yo pensaba eran las máquinas construidas en la Tierra. Ella me sonrió pícaramente.

—Es usted un maestro en su profesión, pero también lo es en otras cosas. No lo niegue.

—No diré que no —contesté con falsa modestia, esperando a ver en qué paraba todo aquello. El coche se puso en marcha, y en pocos momentos alcanzó una velocidad exorbitante que me puso los pelos de punta.

Pero la joven, pues no parecía tener mucho más allá de veinte años, conducía con la seguridad de un profesional, sujetando firmemente el volante entre sus delicadas manos, cuyas puntiagudas uñas brillaban con dorados destellos.

—Mañana iré a verle actuar, Maestro.

—Me sentiré muy halagado, terrest... —¿Cómo era el tratamiento que debía darse a una joven en aquel planeta? Ah, sí; menos mal que ya lo había encontrado—. Gracias, señorita. Pero... no sé su nombre todavía.

—Oh, qué descuidada soy. Me llamo Althea McCormick, Maestro.

¡Y dale con «maestro»! Pero ¿de qué demontre? No obstante, no me atrevía a hacer preguntas, temeroso de cometer algún desliz imperdonable. Debía dejar, y así lo hice, correr las cosas, esperando que éstas se resolvieran por sí solas.

—Gracias, Althea.

—Espero que mañana, a la hora de la verdad, se acuerde usted de mí, Maestro. ¿Me lo promete?

—Oh, desde luego, señorita.

—Llámeme Althea, Maestro... se lo ruego —dijo ella, con voz terriblemente insinuante. La débil luz de los instrumentos del coche hacía resaltar el delicado perfil de su rostro y me hizo pensar que la joven era digna de haber nacido en mi planeta.

—Como quiera, Althea.

—¿Se encuentra ya mejor, Maestro?

—Sí —contesté—, arrugando la nariz. Aquel maldito olor a gasolina no acababa de irse. ¿Tenía que vivir todo el tiempo en aquella emponzoñada atmósfera? ¿Dónde estaba la cacareada civilización terrestre que todavía no había aplicado los motores atómicos para el transporte humano?

Al fin empezaron a verse a lo lejos las luces que indicaban nuestra proximidad a un gran centro urbano.

Una vez más me tiré una plancha.

—¿Qué ciudad es ésa, Althea?

—¡Maestro! —exclamó ella en tono de reproche—. ¿Es posible que usted no lo recuerde? Pero ya —dijo con tono sibilino—; con toda seguridad, los bellos ojos de su amada le han hecho olvidar hasta el lugar en que se encuentra.

Estuve a punto de contestarle con una grosería, pero, afortunadamente, me contuve a tiempo. Sonreí, con cara que creí de circunstancias, y lo dejé correr.

Poco más tarde nos hallábamos ya viajando por las calles de la ciudad, atestadas de un gentío como jamás había visto ni soñado siquiera, con una serie de ruidos de tremenda estridencia que martirizaban mis tímpanos horriblemente en medio de un torrente de coches que iban y venían, bajo una cascada de luz artificial proveniente de miles y miles de lámparas cuyos rayos dañaban espantosamente los ojos, en medio de una atmósfera terriblemente viciada que me hizo temer por la integridad de mis pulmones. Hube de recordar a toda costa la misión que me había llevado allí; de lo contrario, creo que mi primer esfuerzo hubiera sido construirme, al precio que hubiera sido, una máscara filtrante para poder respirar con más comodidad.

Al fin llegamos al hotel. Salté al suelo, levantando la vista y asombrándome de la altura de aquel edificio, también muy iluminado por unas baterías de reflectores situadas enfrente, y pude contar en una rápida ojeada, hasta unos veinticinco pisos. Aquello era muy superior a las mayores edificaciones marcianas y, francamente, me admiró más que lo que yo hubiera esperado.

—¿Vamos, Maestro? —me sonrió Althea, y entonces, bajo las cataratas de luz que se derramaban sobre nosotros, pude contemplarla enteramente a mi sabor.

Era alta, muy alta, delgada y esbelta, pero en modo alguno huesuda, con el negrísimo cabello cayéndole en ondulada catarata sobre los hombros, sonriéndome encantadoramente a través de sus labios, rojos como el fuego, entre los cuales brillaban unos dientes de blancura deslumbrante.

De pronto, una turba de gente me asaltó, gritando desaforadamente.

En el primer momento me asusté. Chillé espantado, pensando que todos aquellos terrestres, entre los cuales abundaban las mujeres, sumamente jóvenes todas ellas, querían lincharme o algo por el estilo. Sin embargo, era un nuevo género de muerte, con el que yo no estaba familiarizado, porque todos ellos, indefectiblemente, agitaban unos cuadernos y unos lápices, pidiendo algo que yo no lograba entender del todo.

Miré a Althea, pidiéndole auxilio, y ella se echó a reír. Los terrestres arreciaron en sus pretensiones, y no sé qué hubiera ocurrido ni qué hubiera sido de mí, a no ser por la oportuna aparición de unos hombres de uniforme que, sin demasiadas contemplaciones, ayudados por parte del personal del hotel, despejaron la situación, permitiéndome el acceso al edificio.

No sé cómo conseguí conservar mi precioso maletín. Pero cuando entré en el hotel estaba medio desnudo, con la chaqueta hecha jirones, con sólo unas tiras en lugar de camisa, y faltándome hasta los zapatos. Althea, riendo sin parar, tiró de mí, y me condujo, a través de un anchísimo vestíbulo atestado de gente que nos miraba con evidente admiración, hasta los ascensores, en uno de los cuales pudimos, al fin, introducirnos.

Nos quedamos los dos solos, con el ascensorista, y, jadeante, comenté:

—¿Es que las gentes de aquí son así, Althea?

Ella se echó a reír.

—Oh, esto no es más que el principio; ya lo verá usted, Maestro.

Meneé la cabeza, muy disgustado.

—Pues no me agrada un pelo, Althea.

—Opino como usted, Maestro. Sin embargo, lo que le recomiendo ahora es que cene y duerma con tranquilidad, olvidándose de todo. Mañana le espera una dura tarea. Y el público de aquí es el más entendido del mundo. Miles de personas estarán con los ojos fijos en usted, pendientes de sus menores gestos, y no le perdonarán el menor fallo.

—¡Caramba! ¡Vaya un panorama que me pinta usted, Althea!

—Usted debe saberlo mejor que yo, Maestro. Pero —sonrió— espero que no me deje mal y me dedique uno de sus...

El ascensor se detuvo de pronto, cortando las palabras de la joven. Salimos fuera y nos despedimos.

—Hasta mañana, Althea —dije—. No sabe cuánto me agrada haberla conocido.

Ella hizo un mohín encantador.

—¿Sí? Pues el otro día, en la fiesta que dieron mis amigos, usted se portó de un modo casi grosero conmigo. Apenas si me estrechó la mano.

—Oh, dispénseme, Althea. Seguramente...

—Seguramente tenía usted el cerebro muy ocupado con la chica a quien ha ido hoy a visitar, ¿no es cierto?

Y sin dejarme hablar más, dio media vuelta, alejándose con paso vivo.

Cuando hubo desaparecido, vacilé. ¿Qué debía hacer yo... en aquel país, donde, con toda seguridad, había sido confundido con un hombre célebre? ¿Continuar con la suplantación o desaparecer como un fantasma?

Después de unos momentos de duda me resolví por lo segundo. Hube de tocar bastantes timbres antes de que, al fin, se abriera de nuevo la puerta del ascensor.

Con la cabeza gacha avancé hacia el aparato, pero en aquellos momentos alguien me sujetó sólidamente por los hombros.

—¡Maestro! ¿Qué es lo que iba usted a hacer? A dormir, que ya es hora. De lo contrario, hará mañana el ridículo... y aquí sólo están esperando verle a usted para aplaudirle... o lincharle. ¡A la cama, Maestro!

¡Todo el mundo me llamaba maestro! Pero, en nombre de todo el sistema planetario, ¿qué diablos quería significar aquella palabra?

Miré al hombre que me detuviera.

Era de pequeña estatura, la cual estaba algo aumentada debido al hecho de que llevaba unas botas de medio tacón, que sobresalían de unos pantalones muy largos y estrechos, grises, como la corta chaquetilla que vestía y que, desabrochada, dejaba ver una impoluta camisa blanca, con chorreras de encaje, adornada con tres o cuatro

minúsculos brillantitos. Se tocaba con un sombrero negro, de anchas y rectas alas, y su rostro delgado y casi esquelético tenía un color aceitunado, que lo parecía aún más al contraste con la indumentaria.

Sonriendo comprensivamente, el hombre me tomó por el brazo, arrastrándome por el pasillo adelante.

—Maestro —dijo—, esa condenada Mariluz le va a volver loco. Déjela de una vez; ella no quiere más que lucirse con usted y luego... ¡si te he visto no me acuerdo! Anda y que la frían un melón...

El hombre hablaba de un modo ceceante y suave que me resultaba casi del todo ininteligible. Su charla era inagotable; no se detenía y pasaba de un tema a otro con una versatilidad asombrosa, sin parar mientes en que yo no hacía otra cosa que asentir con mudos gestos.

—¡Hay que ver esos chiflados! —decía—. Le han hecho polvo el traje, maestro... Bueno, en el armario tiene más... y total, mañana, hasta después de la función, no va a necesitar otro, conque...

Llegamos a la habitación. El menudo individuo se apoderó de mí con la seguridad absoluta de que yo no le iba a resistir. Me despojó de todas mis prendas, excepto del cinturón antigravitatorio, del cual, con no poco asombro por su parte, no me quise desprender, y luego me empujó hacia el baño.

Contemplé absorto aquel despilfarro de líquido. Abrí y cerré los ojos varias veces antes de convencerme de que estaba despierto y no soñaba, y luego, tímidamente, metí un pie en el agua. Después me decidí y, con un aullido de gozo, me zambullí en la bañera.

Al terminar, el hombre vino hacia mí con una bata que me puse. Salí del baño, tratando de no parecer asombrado por el lujo desplegado en la estancia.

Sobre el cómodo lecho había unas prendas de vestir que, merced a mi entrenamiento, catalogué como pijama. Me lo puse, hallándolo cómodo y holgado, y luego me metí en la cama.

El individuo tomó un cojín y se fue hacia la puerta.

—¿Qué va usted a hacer? —inquirí, todo asombrado.

—Maestro —repuso él, no menos estupefacto—; ¿es que no recuerda que las vísperas de función, yo duermo en la puerta para evitar intrusos? Y, además, ¿se ha enfadado conmigo?

—No, ¿por qué?

—Me ha dicho de usted —dijo el hombrecillo con tonos compungidos —. Eso significa que está enojado con Luciano, su hombre de confianza.

—Oh, no, no, Luciano... dispénsame. Es que... que estoy un poco cansado y...

El cetrino rostro de Luciano se iluminó como el de un perrito al que su amo acaba de acariciar.

—Gracias, Maestro, gracias. Vaya a dormir y que usted descanse.

¿Descansar?

¿Quién pensaba en ello, con la serie de incidentes que me habían ocurrido de modo tan rápido en el breve espacio de tiempo que llevaba en la Tierra? La cabeza me ardía y todo a mi alrededor daba vueltas, desvelándome y poniéndome nervioso, lo cual me impedía dormir con la tranquilidad que yo hubiera deseado.

Al fin, para conseguirlo, hube de echar mano de ciertos recursos autohipnóticos que poseemos en Marte, gracias a los cuales, aunque con bastante dificultad, pude conciliar el sueño.

A la mañana siguiente el teléfono de la habitación repiqueteó estruendosamente.

Luciano, en tanto yo trataba de despertarme, se levantó de un salto y corrió hacia el aparato. Se lo llevó al oído y, a través de mis ojos aún cargados de sueño, le vi poner una cara rarísima al escuchar lo que le decían.

De pronto soltó una exclamación y colgó el aparato, al mismo tiempo que me decía a mí:

—¡Pues no está chiflado el tipo ése, Maestro!

—¿Sí? ¿Qué decía, Luciano? —inquirí cortésmente.

—Nada —gruñó el hombrecillo—. Sólo que... que no se olvidase usted de... de... ¡cuernos! ¡Vaya un nombrecito! Ah, sí, ahora lo recuerdo. Dubú o algo por el estilo.

El sudor invadió instantáneamente todo mi cuerpo. ¡Dubuth!

CAPÍTULO III

Dubuth.

El nombre trajo instantáneamente a mi cerebro cosas que, por un instante, había creído olvidadas.

Sin poder contener mi primer impulso, me arrojé sobre Luciano, zarandeándolo despiadadamente.

—¡Estúpido! ¡Imbécil! ¿Quién demonios te ordenó que colgaras el aparato?

La expresión de mi rostro debía ser terrible, pues el del hombrecillo expresó instantáneamente un intenso pavor. Tartamudeó:

—Pe... pero... Maestro... us... usted dijo siempre que... que en estas horas no contestaría nunca al teléfono. Yo...

Lo arrojé a un lado sin contemplaciones.

—¡Idiota! ¡Debiste haber supuesto que me interesaba hablar con Du... con ese hombre que me llamó! Ahora... Está bien; ya no podemos hacer nada. Lo mejor será que me traigas algo de comer, Luciano. Tengo hambre.

—Sí, sí... Maestro... Al momento, Maestro... —y Luciano, contento de hallar un pretexto para desaparecer de mi vista siquiera por unos momentos, se precipitó fuera de la estancia.

Me alegré de quedarme solo. Ya comería en otro sitio. También se me había facilitado moneda terrestre y esto me solucionaría el problema. Ahora lo importante para mí era saber dónde me hallaba para averiguar el mejor medio de dirigirme al lugar de trabajo que se me había asignado.

Mientras me vestía, no sin grandes esfuerzos, pues aquel traje, tan brillante y lujoso, pesaba enormemente, pensé en el hombre que me había llamado. ¿Cómo había logrado enterarse de mi presencia allí? ¿Quién le había dicho que un enviado de Dubuth se encontraba en aquel lugar? A no ser por el estúpido de Luciano, yo hubiera podido ponerme en contacto con el otro enviado, cuya ayuda me hubiera

solucionado numerosos problemas con los cuales me estaba enfrentando ahora, con notoria desventaja para mí.

Por ejemplo, el original vestido que usaba el dueño de aquella estancia y que, ahora ya no lo dudaba, debía parecerse tanto a mí, para que todo el mundo, incluido Luciano, que debía ser hombre de su intimidad, se hubiera confundido hasta el punto de tomarme por él. Era un traje agobiante, pesadísimo, que coartaba de un modo tremendo la libertad de movimientos y que más parecía propio para asistir a una gran fiesta de gala que no para caminar por la calle del modo que yo precisaba.

Terminé de vestirme, dándome cuenta que no me había ajustado del todo el traje. Algunas de sus partes estaban colocadas a medias y otras faltaban por poner, pero, en conjunto, estaba vestido, y esto, para mí, era lo que interesaba.

Me dirigía hacia la puerta cuando, en aquel momento, alguien abrió.

Althea me miró unos segundos de arriba a abajo y luego, asombradísima, pero terriblemente divertida a un tiempo, rompió en una incontenible carcajada.

—¿Qué le pasa? —pregunté de mal talante—. ¿Tan mal estoy?

La joven se puso una mano en la boca, tratando de contener la hilaridad que aún le duraba.

—Pero, querido Maestro, si todavía no es la hora... ¿Qué ocurrencia le dio de vestirse ahora... y con esa facha?

—Es la que tengo y no puedo adoptar otra, Althea —mascullé.

—Sí que tiene usted ganas de lucir sus habilidades ante el público de esta ciudad, Maestro.

—Deje de llamarme maestro y hágalo por mi nombre —gruñí, impaciente y desazonado por la intempestiva aparición de la joven. Me gustaba, pero, demonios, yo tenía algo más importante que hacer allí.

—Gracias... Pedro —dijo.

—¿Pedro? Me llamo... Ah, sí —contesté—. Bueno, adiós Althea. He tenido mucho gusto en conocerla, pero ahora ha de dispensarme. El público espera.

La joven me miró unos momentos terriblemente asombrada y luego rompió a reír nuevamente. Rió hasta que las lágrimas se le deslizaron en copiosos arroyos por las mejillas sin, afortunadamente, estropearle el maquillaje, pues no era mujer que lo necesitase. Jadeante, se dejó caer en un sillón y, toda vez que me miraba, rompía a reír nuevamente.

Me planté frente a ella, con las manos en las caderas.

—Bueno, ¿querrá explicarme de una vez lo que le sucede?

La muchacha paró de reír y se puso en pie. Althea me miraba muy seria.

—Pedro —dijo—, ¿está usted en sus cabales?

—¿Qué quiere decir eso, Althea? —exclamé, desconcertado.

—Que si está bien de la cabeza. Son las once de la mañana. Para su actuación faltan aún seis horas... ¿y ya habla de irse?

En aquel preciso momento entró Luciano con una bandeja de comida en las manos. Sólo mi rápida intervención impidió que los manjares se fueran al suelo cuando, estupefacto por verme vestido de aquella guisa, se olvidó de lo que tenía en las manos.

—¡Maestro! —fue lo único que supo decir.

Deposité la bandeja sobre una mesa y, sin hacer el menor caso de nadie, empecé a comer. La verdad, tenía apetito y aquellos manjares tenían un excelente aspecto, de modo que, sin preocuparme de Althea ni de Luciano, devoré todo cuanto allí había.

—¡Vaya! —exclamó la muchacha—. Yo creía que los hombres como usted, antes de su actuación, no probaban bocado.

—Pues ya lo vio usted, Althea —dije, suspirando satisfecho—, cómo las apariencias engañan. ¿Luciano?

—Sí, Maestro —dijo el hombrecillo, acercándoseme temeroso.

—¿Terminamos de equiparnos?

El hombrecillo no se atrevió a replicarme. Althea entonces dijo:

—Hasta la vista, maes... digo, Pedro. Luego nos veremos. Espero se acuerde de lo que me prometió, ¿verdad?

—Cuente con ello —respondí, porque, aunque no lo recordaba, no sabía ni tenía la menor idea de lo que ella pretendía. Pero por decir sí, no iba a quedar en mal lugar.

Después... lo que ocurrió fue como un sueño. La habitación fue invadida por una peste de hombres que hablaban, vociferaban y gesticulaban en voz alta, chillando como energúmenos, bebiendo extraños licores de una serie de botellas que no parecían tener nunca fin y chupando de unos tubitos que se ponían en la boca, ardiendo, los cuales despedían un humo que envenenaba mis pulmones hasta el punto de que en algún momento me creí próximo al desmayo.

Todos venían hacia mí, hablándome como si me conocieran de toda la vida, pidiéndome algo, sobándome a palmadas, contándome chistes, diciendo cosas que encendían mis orejas y, en fin, aturdiéndome y mareándome hasta tal punto que acogí la hora de la salida como una liberación.

Vestido con aquel pesadísimo y brillante traje, llevando en las manos un trozo de tela, espesamente bordado, salí de la habitación acompañado por aquella caterva de individuos a quienes jamás había visto y a los que, con toda probabilidad, jamás volvería a ver. Pero si aquél era un medio seguro de empezar mi misión en la Tierra, yo no lo rehusaría.

Descendimos al vestíbulo y lo atravesamos, en medio de la expectación general. Salimos a la calle y me detuve unos momentos en la puerta para observar el panorama.

El sol brillaba esplendorosamente y sus rayos parecieron abatirme con el calor que de ellos emanaba. Cuánto me alegré entonces del duro entrenamiento a que había sido sometido en Marte. De otra forma, no hubiera podido resistirlo y me habría desvanecido allí mismo.

En la calle, aparcado junto al bordillo de la acera, había un enorme coche negro, dentro del cual había tres hombres, todos ellos vestidos lo mismo que yo, los cuales me contemplaron con cierta indiferencia, pero el camino hasta el coche estaba flanqueado por una doble fila de personas aulladoras y gesticulantes, que prorrumpieron en un atronador escándalo al verme aparecer.

Retrocedí un paso, muy asustado. Luciano, entonces, me dijo al oído:

—¿Vamos, Maestro? ¿Es que ahora se va a rajar? Demuéstreles quién es.

Aquellas palabras me hicieron reaccionar. Ensanché el pecho, saqué la barbilla y avancé, cruzando la acera.

En aquel momento ocurrió algo.

Se oyó un ruido extraño. Un súbito petardeo estalló bajo el sol, y la gente, aullante y despavorida, se dispersó en todas direcciones, en medio de un formidable escándalo. Y antes de que yo pudiera enterarme de lo que ocurría, tres individuos, vestidos sencillamente, se arrojaron sobre mí.

Uno de ellos dijo algo a mi oído.

—¡Dubuth!

Instantáneamente alerté todos mis sentidos.

—Ven con nosotros. Estás en un serio compromiso y nosotros te libraremos de él.

No lo dudé. No había en la Tierra quien supiera el nombre del Tercer Pentarca, a no ser un marciano, como yo, enviado en misión especial. Y asintiendo, me separé de Luciano y demás adláteres, y dejé que aquellos desconocidos me tomaran por los brazos, simulando un rapto.

Luciano empezó a chillar despavorido, llamando a todo el mundo en su auxilio. Los desconocidos me llevaron en volandas hasta un coche cercano que había un poco más allá, pero no llegué a entrar en él.

Los guardias reaccionaron y cargaron contra mis falsos raptores, y puedo asegurar que no vacilaron en mover sus porras con equitativa imparcialidad y dureza demoledora. Uno tras otro, mis amigos fueron cayendo bajo los golpes y no tardé mucho en quedar libre, con no poco desconsuelo por mi parte.

—¡Esos canallas! —oí exclamar a alguien—. Seguro que los pagó... —y aquí citó un nombre del que no me acuerdo, pero que, seguramente, debía de ser muy enemigo mío. Es decir, del hombre a quien, sin duda por nuestra extraordinaria semejanza, habían tomado por mí.

Un par de coches policiales convergieron sobre el nuestro, protegiéndonos para que nadie pudiera repetir el intento de asalto. Otro acudió también y sus ocupantes cargaron con los desconocidos, llevándoselos detenidos casi antes de que mi vehículo arrancara.

Al fin llegamos al lugar donde tenía que actuar. En todo el trayecto no

había despegado los labios ni, afortunadamente, había soltado tampoco de mis manos el maletín. Cualquier cosa antes que perderlo. Los hombres que me acompañaban lo habían mirado con notoria extrañeza, pero debían estar acostumbrados a mis rarezas, puesto que no hicieron la menor pregunta.

Paso por alto las cosas que hice al llegar al punto donde tenía que actuar. Lo único que sé es que, de repente, me encontré en un lugar circular, brillantemente iluminado por el sol, y ocupado totalmente por una ululante masa de gente cuya sola vista me impresionó de tal manera que en un tris estuvo que no perdiera el sentido.

Allí conocí a más hombres vestidos como yo. Uno de ellos, alto, delgado, muy moreno, al ver las cosas raras que hacía, me miró de un modo singular, sonriendo desdeñosamente, pero sin decirme palabra. Molesto, le volví la espalda y esperé el momento de actuar.

Salimos todos al centro de aquel lugar redondo, desfilando bajo un ruido espantoso que luego supe que ellos llamaban música. Al terminar el desfile, cosa que, con enorme asombro de todos los espectadores, yo hice con el maletín en la mano, alguien me quitó el trapo bordado que llevaba sobre los hombros y me entregó otro parecido, aunque mucho más sencillo y que olía espantosamente mal. De pronto oí que me llamaban. Volví la cabeza y detrás de mí, un poco más alta, estaba Althea, sonriéndome encantadoramente. Me saludó con la mano y yo le sonreí. Ella me hizo una señal de que me acercara y yo, por señas también, le indiqué la valla de madera que nos separaba. Me di cuenta de que era objeto de la curiosidad general. Pero no por mí, sino porque nunca habían visto en aquel lugar a un hombre como yo con el maletín en la mano. Mis compañeros, aquellos que habían venido conmigo en el coche, no hacían más que mirarme furtivamente, y en más de una ocasión sorprendí en ellos gestos compasivos. Uno de ellos se llevó el índice a la frente y lo hizo girar varias veces. ¿Qué quería decir? Cuando se dio cuenta de que lo había sorprendido se puso muy colorado y, para disimular, empezó a silbar.

Encontré un hueco en aquella valla y lo aproveché para acercarme a Althea. Me estaba dando cuenta de que el maletín estorbaba y, siendo ella la única persona conocida entre todos los miles que había allí, decidí dejárselo mientras actuaba a fin de que me lo guardara. Se lo dije y ella, notoriamente extrañada, aceptó.

De pronto, unas trompetas sonaron y un clamor general se elevó de entre la muchedumbre. Althea me dijo:

—¡Váyase, váyase, Pedro! ¡Es su hora!

Me volví e instantáneamente se me doblaron las piernas.

¿Qué monstruosa fiera era aquella que había salido al centro de la circunferencia arenosa, provista de dos afiladísimos cuernos, que corría desesperadamente buscando una presa a la que devorar?

Luciano me dijo:

—Maestro, demuéstreles lo que vale.

—¿Es que… tengo que salir ahí afuera, Luciano? —pregunté.

El hombrecillo me miró como si de repente me hubiera vuelto loco. Se pasó una mano por el rostro y luego sonrió.

—¡Qué cosas tiene usted, Maestro! Hasta aquí ha de tener humor para bromear.

Vi a un par de hombres vestidos con aquellos trajes brillantes salir al encuentro de la fiera y burlarla ágilmente con aquellos trapos que tenían en la mano. Los contemplé especulativamente, pero luego me di cuenta de que el público silbaba y protestaba.

Oí mi nombre pronunciado por mil bocas. Luciano palideció.

—Maestro, por el amor de Dios, que reclaman su presencia.

—¿Y yo tengo que enfrentarme con ese monstruo? Me comerá, Luciano.

—Vamos, Maestro, o nos echarán la plaza encima.

La protesta se acentuó. Yo estaba como si padeciera un mal sueño, seguro de que me había embarcado en una aventura peligrosísima, de la que mi pellejo no iba a salir precisamente intacto. Al fin, haciendo acopio de valor, franqueé la valla y, con el trapo en las manos, avancé unos titubeantes pasos.

Mis hombres se apartaron prudentemente. La fiera me miró, resoplando de un modo que me dio pavor y, de pronto, con el ímpetu de un proyectil, se arrojó contra mí.

Ah, no, no; aquello era demasiado para mí. Di media vuelta, arrojando el trapo, y corrí desesperadamente hacia la valla protectora. No encontré la puertecita por la cual había salido, pero esto no me

preocupó; me arrojé de cabeza, buscando el refugio.

Por un momento el silencio se expandió por aquel lugar. Luego, una tormenta rugidora se desencadenó.

El alboroto era espantoso. Diez, quince, veinte mil personas bramaban y rugían, increpándome, denostándome, insultándome, amenazándome... Yo me levanté, limpiándome el polvo y la suciedad del traje con las manos y, sin hacer caso del griterío, me apoyé contra la pared frontera a la valla. Tenía la intención de permanecer allí hasta que todo hubiera pasado.

Pero aquél no era sino un vano sueño de imposible realización. Unos brazos me empujaron, pese a mis protestas y, en medio de un griterío ensordecedor, me hicieron salir de nuevo fuera de la valla.

Alguien puso nuevamente en mis manos aquel trapo. Lo sostuve estúpidamente, mirando al monstruo, cuyos ojos aparecían inyectados en sangre y que me miraban, a su vez, ávidos de la mía. Un ruido espantoso me rodeaba, pero casi llegué a no oírlo, atento solamente a defenderme de la fiera.

Ésta arrancó de repente hacia mí, con tal rapidez, que no me dio tiempo a buscar el refugio. Gracias a mi agilidad, logré esquivar su embestida, pero la sangre se me heló en las venas al escuchar sus resoplidos a cortísima distancia de donde me encontraba.

El estruendo y el alboroto iban en aumento. Objetos de todas clases empezaron a caer en torno a mí, mientras que mil puños se crispaban, amenazándome con toda suerte de males. ¿Dónde diablos había ido yo a caer?

Esto era algo que no me habían enseñado los entrenamientos. ¿No me habría equivocado y, en lugar de caer en la Tierra, habría ido a aterrizar en un planeta desconocido para todo el mundo, Dubuth incluido?

No pude seguir adelante con mis reflexiones; la fiera cargaba sobre mí, y por segunda vez, de un modo que califico de milagroso, logré esquivar su embestida. Esto, ciertamente, me proporcionó alguna tranquilidad de ánimo.

Pero yo no estaba dispuesto a sufrir un error que pudiera costarme la vida. Así, pues, haciendo caso omiso del huracán de protestas que rugía continuamente en torno a mí, volví junto a Althea.

—Deme el maletín —le rogué, y la muchacha, tratando en vano de disimular su extrañeza, accedió.

Lo deposité en el suelo, pues no sentía el menor deseo de que nadie atisbara en su interior. Saqué algo de allí y luego, cerrándolo, se lo devolví a la joven.

Con paso seguro y decidido, teniendo en la mano izquierda el trapo, volví fuera de la valla, enfrentándome de nuevo con la fiera. Luciano me miraba como si, en lugar de estarlo yo, fuera él el demente, pero no le hice caso.

El monstruo se arrojó por tercera vez sobre mí. Esta vez lo aguardé a pie firme.

Cuando estaba apenas a dos metros de mí, usando el trapo para disimular aquel objeto que había tomado del maletín, levanté la mano derecha. Algo estalló con sonoro chasquido al mismo tiempo que un fuerte fogonazo brillaba en mi mano.

El chasquido y el fogonazo quedaron apagados por el escándalo y la luz fortísima del sol, respectivamente. Y el monstruo, bruscamente, se desplomó, fulminado.

Mi inesperada acción, apenas entrevista por nadie, produjo unos momentos de hondo silencio. Desesperadamente, estalló la tormenta, muchísimo más fuerte que antes.

CAPÍTULO IV

Regresé corriendo tras la barrera, dejando a la fiera tendida en el suelo, muerta. Vi que muchas personas, no contentas con arrojarme toda clase de objetos, se ponían en pie, dispuestas a acometerme. No tenía ganas de matar a nadie, pero si me obligaban lo haría.

El escándalo alcanzaba ya proporciones inauditas. Era un clamor continuo que ensordecía los oídos, capaz de aturdir al más templado. Luciano lloraba a lágrima viva cuando crucé la valla, y los otros hombres vestidos brillantemente me miraban atónitos, no comprendiendo lo que ocurría.

La parte alta del edificio empezó a humear. Algunos exaltados le

estaban pegando fuego, y los guardias comenzaron a actuar. En muchos puntos de las bancadas había tumultos y los espectadores se acometían mutuamente. Aquello era algo espeluznante, inenarrable. Y yo ya no sabía qué hacer. De pronto, algo ocurrió que varió por completo la situación.

Un hombre, vestido exactamente igual que yo, aunque con distintos colores, penetró en aquel callejón, avanzando con paso rápido hacia mí. Un rumor distinto a los demás estalló en cuantos me rodeaban.

El hombre se dirigió hacia mí, deteniéndose a pocos pasos de distancia. Me contempló fijamente y entonces tuve yo la explicación de todo lo que había sucedido y continuaba sucediendo.

¡Iguales!

Éramos absolutamente iguales, como dos gotas de agua, hasta tal punto que yo mismo creí estar soñando o hallarme frente a un espejo. Pero esto no podía ser, porque mi expresión reflejaba un estúpido asombro y la de aquel individuo, sin duda el auténtico «maestro», era de cólera, una cólera fría y reconcentrada que no podía expresarse sólo con palabras.

Algunos de los que estaban cerca creyeron comprender. Luciano gimió, tapándose los ojos.

—¡Dios mío! ¡No puede ser! ¡Yo soy abstemio, jamás probé una gota de licor! ¡Juan, Roberto, Miguel, decidme que estoy cuerdo, que no he perdido la razón!

—La ha hecho usted buena —dijo mi doble —. ¿Quién le mandó meterse en estos jaleos?

—¿Yo? —protesté—. Si lo único que he hecho ha sido tratar de salirme de ellos... ¡y no me han dejado! ¡Me han traído aquí, arrastrándome contra mi voluntad! Es la primera vez que me encuentro en un sitio semejante, créame.

El auténtico maestro echó una mirada al centro de la arena y vio la fiera muerta. Parpadeó un segundo, asombrado.

—¿A... la fuerza? Amigo, vaya manera de liquidar el bicho.

—No lo mató con el hierro, Pedro —juró Luciano—. Alargó la mano, así, y de pronto, ¡plaf!, el toro cayó muerto.

El maestro me miró con infinito respeto.

—No sé quién pueda ser usted, pero es evidente que no lo hizo por su voluntad. Váyase, yo trataré de acallar este jaleo.

No esperaba otra cosa. Por fin sabía algo y, mirando a Althea, la cual se encontraba directamente encima de nosotros, completamente estupefacta, le pedí el maletín, que ella me devolvió sin decir palabra. Hecho esto, me lancé en busca de la salida.

Ahora nadie me puso el menor obstáculo a mi marcha. Llegué afuera y vacilé, buscando un medio cualquiera de locomoción que me sirviera para alejarme cuanto antes de aquel maldito lugar.

De pronto, una mano se apoyó en mi brazo.

Me volví.

—¿Usted? —exclamé, mirando a Althea.

Ella asintió con la cabeza.

—Sí, yo, la misma. Venga conmigo.

—Pero...

—Yo le metí en todo este jaleo al confundirle con Pedro Solanas y debo sacarle de él. Espero sepa disculparme, ¿no?

Mientras hablábamos, nos acercamos a su coche. Se sentó frente al volante y yo a su lado.

—Es comprensible lo que me ocurrió... aunque nunca hasta ahora había visto jamás a dos personas tan parecidas.

El coche arrancó.

—¿De dónde ha salido usted, Pedro? Bueno, ése no es su nombre... aunque no sé otro.

Recordé a Dubuth y sus instrucciones antes de contestar.

—Ahora me llamo Harvey Lamb —dije—. Pero no soy de aquí.

—Eso se ve a la legua, Harv —dijo ella, apocopando cariñosamente mi nombre—. Por lo que parece, somos compatriotas, ¿no?

—¿También es usted de Marte, Althea?

Antes de que pudiera contenerme, ya la pregunta había escapado de mis labios. Ella me miró, terriblemente sorprendida, hasta tal punto que llegó a olvidarse de la conducción del vehículo, y sólo un grito mío la trajo de nuevo a la realidad de las cosas. La vi palidecer, mas, a pesar de todo, era valiente.

—Dígame, Harv, ¿se escapó usted de algún manicomio?

—No —dije, moviendo vigorosamente la cabeza—. Aquello que dije era... sólo una broma. Pero ahora debemos regresar al hotel; tengo allí mis ropas y...

Althea asintió. Volvimos, no sin provocar una enorme extrañeza en las gentes que allí había y en pocos minutos me cambié de ropa, utilizando un traje corriente de los de mi doble.

Althea me aguardaba afuera. Sin perder un solo minuto, nos marchamos de allí.

—Vayamos a un lugar en el que podamos hablar con tranquilidad —dijo ella, y yo asentí.

Pese a todo, yo traté de disimular continuamente el asombro que me causaba el hallarme en un sitio completamente nuevo para mí. Ciertamente, aquello no era Marte y, a pesar de que había contemplado numerosos films, la realidad superaba infinitamente a la copia, teniendo en cuenta que ésta había sido realizada con bastantes defectos.

Siempre guiando su coche, Althea se detuvo ante una casa, con un rótulo extraño para mí. Era de apariencia muy modesta y se anunciaba que allí se daba de comer y de beber.

—El aspecto no es muy atrayente —dijo ella—, pero el servicio es estupendo, Harv —y, abriendo la portezuela del coche, se apeó.

La seguí, pues era mi único guía en aquellos momentos. Penetramos en el edificio y un hombre salió enseguida a nuestro encuentro, saludándonos obsequiosamente.

—Es un amigo mío, Lorenzo —dijo Althea.

—Sí, señorita McCormick —dijo el llamado Lorenzo.

—Prepárenos algo de comer. Y de beber también. Sobre todo esto. Creo que lo estamos necesitando.

—Sí, señorita. Por favor, síganme.

El tabernero nos precedió y nos condujo al piso superior, un lugar discreto desde el cual podíamos ver sin ser vistos. Lorenzo desapareció, regresando unos minutos más tarde con una bandeja repleta de pequeños platitos, en los que se veían viandas de varias clases y un par de botellas de un dorado líquido de maravillosa transparencia.

Comí de todos aquellos manjares, encontrándolos muy sabrosos, aunque fuertes, pero lo bueno llegó cuando probé el vino.

Un chorro de fuego pareció quemarme el esófago. Tosí y lloré en medio de las risas de Althea, que parecía estar muy acostumbrada al vino.

Rechacé mi copa con disgusto.

—¿Y esto gusta tanto en la Tierra? —dije.

—Es un vino magnífico, Harv. Oiga, ¿por qué ha dicho en la Tierra? ¿Es que se tomó en serio lo de Marte?

Hice una mueca. Por segunda vez había cometido un error.

—Era una broma tan sólo, Althea. Vaya, deme otra copa, para que vea que no me siento enojado con usted.

La muchacha me la sirvió, al mismo tiempo que me miraba oblicuamente.

—Es un tipo raro, Harv —dijo.

—Y tanto —repuse, bebiendo nuevamente de aquel licor. Ahora ya me supo mucho mejor y hasta me agradó.

Cuando terminamos, Althea puso los codos sobre la mesa, juntó las manos y apoyó en ellas su delicada barbilla.

—Me llamo Althea McCormick —dijo—, soy soltera, tengo veinticinco años, no tengo novio a la vista y estoy pasando una temporada de vacaciones aquí, en Madrid.

—Pues yo me llamo Harvey Lamb, tengo… treinta años, también soy

soltero, y también estoy de vacaciones. ¿Era eso lo que quería saber de mí?

—Sí, y además otra cosa. ¿De qué parte de los Estados Unidos es usted?

¿Estados Unidos, Estados...? Ah, sí; ahora recordaba mis lecciones de geografía terrestre.

—De Connecticut, Althea.

—¡Qué lástima! ¡Yo soy de Kansas!

—¡Un brindis por Kansas! —exclamé, alzando mi copa.

Ella me correspondió, sonriendo. Cuando terminó, se echó a reír.

—Ha sido magnífico, Harv. Un yanqui confundido con el as de los toreros... y toreando también. Cuando den las noticias los periódicos, se hará famoso, Harv.

—¿Cree que no lo soy ya?

—Para los espectadores de la plaza, sí, por supuesto, Harv —y de repente su rostro se enserió—. ¡Harv!

—¿Qué, Althea?

—Mató usted al toro.

—¿Yo? No diga...

—El que no tiene qué decir es usted, Harv. Podrá engañar a los demás; no es la primera vez que un toro muere así, de repente, en la plaza, aunque no es cosa corriente, ni mucho menos. Pero a mí no me engaña.

—Vamos, vamos, tome otra copa, Althea. Yo también beberé.

Bebí. Pero ella no tocó su copa.

—Usted tomó algo de su maletín, no sé qué. Lo cierto es que cuando se enfrentó con el toro agitó la mano y la bestia cayó fulminada. ¿Qué le dio?

—Le insulté y el animal tomó miedo; eso fue todo. ¿Otra copita?

—¡Deje ahora de beber y atiéndame! ¿Quién es usted, Harv? Dice que es compatriota mío, pero su acento no es de allá. Ni español, ni inglés… ni francés… ni siquiera ruso.

—¡Vaya! A este paso me va a mencionar usted todos los países de este condenado planeta, Althea. Ya le dije antes… ¿Otra copa?

Ella meneó la cabeza, denegando.

—Harv, es usted un tipo misterioso. Surgió de pronto ante mi coche, portando ese misterioso maletín que esconde sabe Dios qué cosas, y del que sacó el misterioso objeto con el que mató a la fiera. Harv, se lo ruego, acaso soy una descortés indiscreta, pero estoy enormemente interesada en saber quién es usted.

El vino empezaba a hacer sus efectos en mi cerebro. Miré tiernamente a la chica y dije:

—Althea, yo la amo a usted.

Me salió así, espontáneamente.

Ella separó bruscamente la mano que yo le había tomado.

—¡Déjeme en paz! Está bien, si no quiere contestarme…

—Us… usted tampoco quiere darme su respuesta, Al… Althea. Es usted la chica más… más encantadora de ¡hip!… Marte y la Tierra, y yo… yo…

Era curioso. ¿Por qué empezaban a moverse las paredes del local? Aquélla era una magnífica droga y no dejaría de llevarme unas cuantas muestras a Marte para que nuestros químicos la analizaran y la reprodujeran luego sintéticamente. Causaba un bienestar y una alegría generales y hacían ver las cosas desde un punto de vista completamente distinto. ¡Gran Galaxia! Aquellos terrestres eran menos salvajes que lo que pensábamos los marcianos.

—De verdad, Althea, yo la amo a usted.

—Eso ya me lo dijo antes, Harv —dijo ella, con los labios fruncidos.

—Bueno, no se enfade. ¿De veras quiere saber quién… ¡hip!… soy yo?

—Por lo menos, las razones de su estancia aquí, Harv. Hay algo raro en usted y me gustaría saberlo. Se ha portado de un modo completamente anormal… y el corazón me dice que usted no está loco.

Y también sé que no hay nadie en toda la redondez del planeta que ignore qué es un torero.

Yo la escuchaba hablar, con los codos apoyados sobre la mesa, mirándola con ojos de carnero degollado, sonriendo beatíficamente.

—Y usted —prosiguió— quiso marcharse del hotel y sólo se le ocurrió vestirse con un traje de luces, como si esto fuera la cosa más normal del mundo. ¡Dios del cielo! ¿De dónde ha salido usted, Harv?

—Ya se lo dije antes: de Marte.

Por un momento pareció que se iba a echar a llorar.

—¡Harv, no se burle de mí, por lo que más quiera!

En aquellos momentos el vino me estaba pateando el estómago y el cerebro con la potencia de una mula esquizofrénica, y yo ya no sabía lo que me hacía.

—¡Pero si le estoy diciendo la verdad, Althea! ¿Quiere que se lo demuestre?

—Va a conseguir enfadarme, Harv. Yo... la verdad es que le he tomado... aprecio, porque sé que no está muy seguro de sí mismo... pero eso que dice que usted es marciano es superior a cuanto he oído. Harv, sea bueno, de lo contrario su insistencia en ese cuento puede traerle muchos disgustos.

La miré con una sonrisa de idiota integral.

—Ahora ¡hip!... lo verá usted, Althea. Pero écheme otro poquito de vino. ¡Es tan bueno!

Quizá ella no debiera haberlo hecho, pero su misma ansia por saber más cosas de mí la impulsó a servirme una copa más, que me eché al coleto de un trago. El color rosa de mi panorama particular se acentuó.

Tomé el maletín después de un par de intentos y lo puse sobre la mesa. Althea lo miró con ojos interesadísimos.

Abrí la cajita, pues apenas si merecía otro nombre, aunque, en medio de todo, conservando cierta serenidad que me hizo ejecutar la operación de un modo rápido, levantando la tapa lo justo para que la chica no viera lo que allí dentro había. Con gesto rápido extraje el

artefacto que me había servido para matar al toro y luego la cerré.

Althea observó el objeto con los ojos desorbitados por el asombro.

Aparentemente, semejaba una pistola, de una forma sustancialmente similar, pero había algunos detalles que diferían notablemente. Por ejemplo, no tenía guarda para el gatillo, carecía de punto de mira y en el final de su cañón, de forma hexagonal, se veían otros tantos orificios, apenas perceptibles a simple vista. En la parte superior, y formando un ensanchamiento plano, en sentido horizontal, se veía una especie de disco, como de un centímetro de grueso y de cinco o seis de eje, en el cual se veían las raras cifras de la numeración marciana, rodeando una aguja indicadora, que se movía mediante un botón situado justo encima del puño.

—¿Ve... ve usted, Althea? Esto es una demoledora, capaz de derrumbar un edificio... o de ¡hip! convertirlo en polvo si se intensifica su acción. Pero yo le haré una demostración a baja tensión y...

Levanté la mano y apunté a la pared. Althea, obrando rápidamente, me salvó de un desastre.

—¡No, aquí no! —exclamó, sujetándome la mano—. ¿Qué ocurriría si se nos hundiera el techo encima?

—Pues... pues es verdad —exclamé, vacilante—. ¡Qué tonto soy! ¿Vamos fuera?

Ella asintió. Pagó la cuenta, sin que yo me sintiera abochornado por las sarcásticas miradas que me dirigía Lorenzo. Entonces yo no estaba muy práctico en tales detalles de la vida de sociedad.

Salimos a la calle, mejor dicho, a una plaza rodeada de edificios de una indiscutible antigüedad, en el centro de la cual había un monumento consistente en un hombre, vestido de una manera que entonces a mí se me antojó altamente estrafalaria y montado a horcajadas sobre una bestia cuadrúpeda, de la que luego me informé se llamaba caballo. ¡Si los tuvieran en Marte!

No había mucha gente en aquel lugar, pues el intenso calor mantenía a los ciudadanos metidos en sus casas o fuera de la ciudad, buscando el aire fresco de la próxima sierra. Apunté a la base de la estatua, graduando el indicador de la demoledora a mínima tensión, lo justo para abrirle un pequeño boquete en el cuadrado pedestal que sostenía la estatua ecuestre.

Algunos transeúntes nos miraron complacidos. La verdad es que Althea y yo formábamos una espléndida pareja, y como no carecíamos de buen humor, especialmente yo, charlatán en extremo a causa del vino, nos acompañaron en nuestras risas.

Aquello me alteró aún más el cerebro. La lengua se me disparó y, sin poder contenerme, me volví hacia el pequeño grupo de curiosos, que reían continuamente con nosotros. Incluso Althea, viéndome ya de tan buen humor, había mejorado el suyo y estaba la mar de simpática.

—¡Ciudadanos de la Tierra! —exclamé con el tono de un orador profesional—. Marte ha venido a conquistaros. Pero no queremos hacerlo de un modo sangriento y belicoso, de la misma forma que describen las novelas ésas de futurismo, que nos pintan como vampiros ávidos de vuestros jugos vitales. Los marcianos somos hombres como vosotros. Yo mismo uno de ellos... ¡hip! Nuestras armas son tan poderosísimas, que las vuestras, en comparación, semejan juguetes de niño. ¿Queréis una demostración?

Sonó media docena de corteses aplausos. De pronto se me ocurrió una idea.

—¿Por qué no les invitamos a unas copas, Althea?

—¡Bravo! —gritó alguien—. ¡Viva el marciano!

—Gracias, amigo —me incliné—. ¿Cómo te llamas?

—Sánchez, Felipe Sánchez, y eso de la copa me ha gustado mucho.

—Pues entra ahí dentro y dile a Lorenzo que saque de beber para todos.

Guiñé el ojo a Althea y ésta me correspondió. Estaba de buen humor e, indudablemente, esperaba sacar una buena tajada en cuestión de diversión conmigo.

Haciendo caso omiso de todas las ordenanzas, Lorenzo salió con una bandeja repleta de botellas que repartió entre la media docena de curiosos inicial y otros tantos que, al olor del vino, se agregaron, saliendo, creo, de debajo de la tierra.

¡Qué vino tan estupendo! No lo había bebido nunca antes y no espero beberlo jamás, si no es volviendo de nuevo a la tasca de Lorenzo. Me aticé unos cuantos tragos más y continué mis discursos de invasión, asegurando que los marcianos amábamos entrañablemente a los

terrestres, que no había nada mejor que una política del buen vecino, sideral se entiende, bien llevada, y que, para dar ejemplo, yo, Híos, hijo de Híos, nieto de Híos, número ED-745Z80, de puntuación doce coma noventa y siete, clase W, 4ª especie y 9º grado, pensaba dar el ejemplo casándome con Althea McCormick, presente a mi lado, de veinticinco años de edad, soltera y sin compromiso.

—Éste será el primer paso para la fusión de las dos razas y pronto los dos planetas no serán más que uno.

—¡Viva Marte! —gritó Felipe Sánchez, entrañablemente abrazado a una botella de tinto.

—¡Viva! —corearon los demás. Y hasta Lorenzo se había unido ya al tumulto.

—¡Viva la Tierra! —gritó Althea.

—¡Viva! —contestó el coro general.

Lorenzo se metió adentro para reponer existencias y entonces apareció un hombre de uniforme, quien, bonachonamente, nos reprendió, pero sin mucho entusiasmo por su parte. Se ve que estaba acostumbrado y mientras no hiciéramos más ruido, la cosa podía pasar.

Bebí otro trago y las cosas empezaron a bailar en torno a mí. Althea me urgió:

—Vamos, demuéstranos que vienes de Marte, Harv.

—Sí, eso —gritó Sánchez—. Que nos desintegre.

Afortunadamente, no apunté hacia él, de lo contrario, sus palabras hubieran tenido una trágica confirmación.

Con paso vacilante, giré sobre mis talones y me encaré con el monumento. El cañón de mi demoledora bailaba endemoniadamente ante mis ojos, pero por una vez conseguí nivelarlo.

Entonces oprimí el botón de disparo.

Una ovación estruendosa acogió mi gesto, pero esta vez no saludé ni me volví agradecido a corresponder a los fervorosos aplausos que me tributaban, porque el monumento había desaparecido por completo en medio de una nube de humo gris y espeso.

De todos los que había allí, sólo Althea entendió que algo raro estaba

pasando, porque, bruscamente, tiró de mi brazo, y me arrastró hacia el automóvil que tenía aparcado junto a la acera.

Y entonces, cuando el escándalo era mayor, un nuevo factor hizo su aparición.

CAPÍTULO V

El relativo equilibrio hasta entonces existente se alteró con la aparición de un poderoso automóvil negro, de enorme tamaño, que se dirigió hacia nosotros a toda velocidad, atravesando limpiamente el espacio que tan sólo unos segundos antes había estado ocupado por la estatua y su pedestal.

En los primeros momentos, ahora lo entiendo, debieron pensarse que mi pistola había disparado algún proyectil de humo el cual había ocultado el monumento. Pero después, al ver cruzar el coche por allí, notaron que, efectivamente, mi demoledora era una arma peligrosísima y de mortífero y devastador poder.

Por su parte, Althea no se entretuvo en más.

Arrepentida quizá de sus provocaciones, las cuales me habían llevado a aquel punto, tiró de mí, arrastrándome hacia su coche. Afortunadamente, había ejecutado la maniobra en su momento exacto, lo que nos dio los segundos precisos de respiro que necesitábamos.

Apenas había puesto ella el motor en marcha, el otro coche se detuvo ante nosotros, bloqueándonos el paso. Dos o tres rostros, de desagradable aspecto todos ellos, nos miraron desde las ventanillas del automóvil, y tanto Althea como yo pudimos darnos cuenta de que varias armas nos encañonaban amenazadoramente.

Mientras tanto, nuestros espectadores, al darse cuenta de que la cosa iba en serio, se dispersaron, gritando ahora de una manera mucho más diferente a como lo habían hecho hasta entonces. Los vapores del vino empezaron a despejarse rápidamente, permitiéndome una más clara visión de las cosas.

—¡Salgan fuera inmediatamente! —nos intimaron, en un tono que no admitía réplica.

Althea me miró suplicante. Yo no sabía quiénes eran aquellos individuos, pero la sangre me hervía aún, y no estaba dispuesto a entregarme como un manso corderito. Antes de que ella pudiera impedírmelo, asomé la demoledora por la ventanilla del coche y disparé.

Lo hice al motor, pues no tenía intenciones de matar a nadie. El automóvil se convirtió al instante en otra nube de humo.

De no haber sido los momentos aquellos de tan intenso dramatismo, tanto la muchacha como yo hubiéramos reído a carcajadas, pues, realmente, era cosa de risa ver a aquellos individuos rodar por el suelo, faltos repentinamente del apoyo que hasta entonces les había proporcionado el asiento respectivo del coche.

Althea no lo dudó más; pisó a fondo el acelerador y salió huyendo a toda velocidad, ocultándose tras el protector manto de la nube de humo en que se había transformado el automóvil de nuestros desconocidos enemigos. A nuestras espaldas sonaron varias detonaciones, pero eran disparos más hechos al azar que con la puntería precisa para obtener algún resultado positivo.

A toda velocidad, Althea cruzó las calles de la ciudad, saliendo al cabo a una ancha autopista, muy concurrida en aquellos momentos, por en medio de cuyo tránsito se metió valientemente, desafiando los peligros que su actitud podía acarrearnos. Adelantamos, dejando como clavados, a todos los coches que caminaban en nuestra misma dirección, y el viento silbó agudamente en nuestros oídos.

—¿Adónde me lleva usted, Althea? —pregunté, cuando al fin hube reunido las suficientes fuerzas para hablar.

—Al aeródromo —repuso ella, sin mirarme, concentrada toda su atención en el manejo del vehículo.

—¿Y después?

—Ya lo verá. A un lugar en el cual podrá considerarse en absoluta seguridad, Harv.

—¿Seguridad? Pero ¿no ha visto la forma en que puedo defenderme? —exclamé, con cierto justificado desdén.

Ella apretó los labios. Luego dijo:

—No sé quién es usted, ni qué se propone; aunque, a veces, estoy

tentada de creer que, realmente, es lo que dice: un marciano. Dígame, Harv, ¿de dónde sacó ese pistolón que causa tan tremendos afectos?

El pistolón, como ella lo llamaba, ya había sido guardado en la maletita. Pero yo me sentí renuente a contestar, sobre todo porque, habiéndoseme despejado ya notablemente el cerebro, comprendía que lo que había hecho hasta ahora no había sido más que una interminable serie de solemnes tonterías.

—Vamos, no me diga, ahora que no es de Marte, Harv.

Adelanté la mandíbula, desdeñoso.

—Y si así fuera, ¿qué? Uno es de Marte, como usted de la Tierra, ¿no?

—Puede ser que sí, Harv, aunque todavía no estoy muy segura de ello. Pero ¿era necesario destruir el monumento?

—Yo no lo quería destruir —repliqué, ceñudo—. Solamente deseaba hacerle una demostración y abrir en el pedestal un simple agujerito de lado a lado.

—Pues, amigo, si en lugar de ello hubiera querido destruirlo, a estas horas medio Madrid estaría borrado del mapa.

—No lo entiendo, no lo entiendo —murmuré—. El indicador de tensión estaba graduado para la mínima y...

—¿Con qué funciona ese chisme? —preguntó ella, aprensivamente.

—Se carga con los rayos del sol —repuse, y en aquel momento lo comprendí todo—. ¡Ya está! —exclamé.

—¿Qué es lo que está, Harv?

—La explicación de lo que me ha pasado, Althea. Mire, aquí el sol es mucho más intenso que en Marte y, naturalmente, la potencia del arma es infinitamente superior.

—Sí, eso debe de ser —dijo ella, con los labios prietos.

En aquellos momentos no sabía si estaba con un sabio de los gordos o con un lunático, dicho sea esto en el sentido de enfermo mental.

No cabía otra explicación, y en lo sucesivo me prometí tener más cuidado de lo que hacía con la demoledora. Pensé en el toro que no se había esfumado, sino derribado, y entonces me di cuenta de que la

batería de la demoledora no había tenido tiempo aún de recibir toda la carga de aquellos potentes rayos del sol terrestre. Pero, ¡ah, después...!

La llegada al aeródromo me impidió seguir pensando en otra cosa. Althea me llevó al pie de un grupo de edificios, en donde detuvo el coche. Se apeó diciéndome:

—Espere aquí, Harv, y por el amor de Dios, no haga tonterías, ¿me entiende?

Asentí con un movimiento de cabeza, viéndola desaparecer en el edificio. Arrugué la nariz al recibir en el rostro una bofetada de gases quemados, pero traté de olvidarme de ello, concentrando toda mi atención en los sucesos que me habían ocurrido recientemente.

Estudié primero la llamada que recogiera Luciano, sin poder averiguar de qué modo habían sabido mi estancia en el hotel. Luego rememoré el momento en que, suplantando a Pedro Solanas, salía para la plaza y fui asaltado por aquellos individuos, cuyas intenciones de llevarme consigo habían sido harto visibles.

No podía recordar sus rostros, pero no debían ser muy diferentes de aquellos que repitieron la faena, horas después, en la puerta de la taberna de Lorenzo. ¿Quiénes eran y por qué querían llevarme con ellos? ¿Eran también, como yo, unos marcianos y sólo querían ayudarme? Pero el hecho de que me hubieran amenazado con sendas pistolas no era la mejor recomendación para atender sus indicaciones. ¿Entonces...?

Mis cogitaciones fueron bruscamente cortadas por la aparición de Althea al lado de la cual venía un hombre de uniforme. Éste la dejó junto al coche y saludó, sonriéndole.

—Todo está ya listo, señorita McCormick. Puede marchar cuando quiera.

—Muchas gracias; es usted muy amable, capitán Monreal.

El capitán saludó y se retiró, en tanto que Althea ponía en marcha el coche. Éste avanzó por las pistas, hasta llegar a un aparato volador de estilizada silueta y aguzada punta, en cuya carlinga había un mecánico, probando el motor.

El estruendo de los gases al salir por la tobera impulsora me aturdió y me mareó, produciéndome agudas náuseas, que sólo merced a un

milagroso esfuerzo de mi voluntad pude conseguir dominar. El mecánico saltó al suelo y se dirigió a Althea, hablándole algo al oído que no pude entender, pero que supongo se refería al buen funcionamiento del motor.

Althea asintió, señalándome la escalerilla de acceso a la carlinga.

Trepé por ella, con más aprensión que la que había menester. Había allí dos asientos, el uno al lado del otro, y ocupé uno, en tanto que la muchacha hacía lo propio en el otro.

Althea corrió la cúpula transparente, la cual, afortunadamente, nos aisló del ruido exterior, aliviando no poco mis martirizados tímpanos. Las delicadas manos de la chica, de largos y sensitivos dedos, se movieron por el cuadro de mandos, manejando, hábilmente botones, clavijas e interruptores y por fin, cuando vio todo listo, tomó un micrófono, pidiendo permiso para despegar.

La torre de control se lo concedió enseguida. Inmediatamente, el aparato comenzó a rodar por la pista de asfalto.

Me di cuenta que otro avión correteaba también por una pista paralela a la nuestra. Su piloto nos miró con cierta atención, pero luego hubo de dedicarla íntegra, como Althea, a los mandos de su aparato.

El nuestro aumentó rápidamente en velocidad. Rodó vertiginosamente y antes de concluir la encementada pista se elevó, atacando el aire con un ángulo muy pronunciado que nos hizo trepar rápidamente a las capas altas de la atmósfera.

En menos de diez minutos nos hallamos a unos veintidós kilómetros de altura, navegando vertiginosamente hacia un lugar desconocido para mí, viendo bajo mis pies el confuso panorama de la superficie terrestre. Pronto iba a anochecer, pero el cielo era ya negro a aquella altura.

Durante unos momentos, Althea no hizo otra cosa que ocuparse de los mandos del aparato. Pero, de pronto, soltándolos, se reclinó en su asiento y me miró fijamente.

—¡Eh, oiga! —protesté—. Que deja usted ese cacharro solo, Althea.

—No se preocupe —sonrió—; acabo de conectar el piloto automático. Ahora marcha solo, con toda seguridad, hasta que yo lo considere preciso.

—Si es así… —me encogí de hombros, tratando de no mirar a la chica, cuyas pupilas, por cierto, no se apartaban de mi rostro.

—Estoy pensando —murmuró— que acaso tenga usted razón, Harv.

—No me diga —contesté sarcástico— que a última hora se va a creer que, efectivamente, he venido de Marte.

Ella meneó la cabeza.

—No es eso, Harv. Posiblemente, usted ni sea un marciano… sino un hombre de otro planeta, acaso fuera de nuestro sistema.

—El más próximo está a cuatro años luz —le recordé.

—Lo sé. Pero un hombre que dispone de un arma tan formidable como la que usted ha utilizado, ¿por qué no ha de disponer también de astronaves que rebasen la velocidad de la luz?

—¡Eso es imposible! —resoplé.

—¿Cómo sabe usted que es imposible? —exclamó ella—. ¿Acaso lo ha probado?

—No; pero la teoría…

—Deje en paz la teoría. Todas lo son hasta que se convierten en práctica, y a menudo ésta, es totalmente opuesta a la que señala aquélla. De todas formas, no acabo de creer que usted sea oriundo de Marte —insistió ella.

—¿Y por qué no? ¿Qué hay de malo en haber nacido en Marte? ¿No nació usted en la Tierra?

—Allí no se puede vivir. La atmósfera es insuficiente para las necesidades de un ser humano normal, como lo somos usted y yo, Harv.

Me permití sonreír con aire de superioridad.

—Yo no he dicho que los marcianos vivamos en la superficie.

—Por supuesto que no. Si hubiera seres con inteligencia, es decir, todos como usted, habría grandes aglomeraciones urbanas, y esto se notaría a través del telescopio, Harv. Las ciudades propiamente dichas, no, desde luego, pero sí sus luces, formando una sola chispa luminosa, de intensidad persistente, durante los periodos nocturnos.

—¡Qué lista es usted! —exclamé con sorna.

—O acaso vivan como los topos, en subterráneos estancos, con atmósfera presurizada, Harv.

—Se está acercando a la verdad, Althea.

—Y usted está tomando a broma todo lo que yo digo —repuso ella con cierta irritación—. Lo que yo digo es algo irrebatible: no hay un arma en toda la redondez de la Tierra que pueda compararse a ésa que usted ha utilizado. ¿Sabe que podría hacerse millonario si quisiera explotar la patente?

—Pues...

—Dijo que funciona a base de la energía solar, ¿no? Aquí, en nuestro planeta, estamos estudiando desde hace mucho tiempo el modo de utilizarla, sin que hasta la fecha hayamos obtenido otra cosa que resultados insignificantes, prácticamente desdeñables, solamente aprovechables cuando luce el Sol. ¡Y usted lo embotella, Harv! ¿Se da cuenta de lo que tiene entre manos?

—Sí —murmuré—. Millonario quiere decir muy rico, ¿no?

—¡Ajá!

Moví la cabeza en sentido negativo. Dije:

—No, Althea, y lo siento. Me gustaría divulgar mi secreto, pero no es mío. Además, si sólo se tratara de su utilización pacífica, podría tener un pase; pero, ¿se da cuenta de los efectos que podría causar esta arma en manos de un desalmado sin conciencia? ¿Qué piensa usted que podrían haber hecho aquellos individuos que nos asaltaron, si en lugar de armas comunes hubieran llevado sendas demoledoras? Además, estas armas, en la Tierra, triplican o más su poder, a causa de la mayor potencia energética de los rayos solares. Lo que yo hice me sorprendió a mí mismo, pues sólo quería abrir un pequeño orificio en el pedestal de la estatua. ¡Y en lugar de ello la desintegré totalmente!

Althea escuchó mi pequeño discurso con los ojos muy abiertos, sin interrumpirme para nada. Cuando terminé permaneció unos momentos silenciosa y al cabo de ellos dijo:

—Posiblemente tenga usted razón, Harv... o como quiera que se llame. Estoy inclinada a creer que ha nacido usted en Marte y que ha venido a la Tierra, todavía no sé con qué determinado fin. No obstante, se me

hace cuesta arriba creerlo…

—¿Quiere que le haga una demostración definitiva, Althea?

Me miró de soslayo.

—Siempre han pintado a los marcianos como seres que tienen ocho ojos y veinte tentáculos, ávidos de sangre, crueles, guerreros y salvajes, dentro de su supuesta adelantadísima civilización, por antonomasia. Pero, si fuera verdad que usted lo es, ¡qué enorme sorpresa para nosotros! ¡Los marcianos seres exactamente iguales a los terrestres! ¿Será cierto que, al fin, lo de los misteriosos platillos volantes es una realidad?

En mis entrenamientos me habían enterado de este asunto, de modo que pude asentir sin recurrir a preguntas indiscretas.

—¿Cuánto tiempo hace que sobrevuelan nuestra atmósfera, Harv?

—No lo sé. Mucho antes de que yo naciera, Althea. Siempre hay astronaves nuestras rondando por el espacio inmediato a la Tierra.

—Vigilándonos, ¿eh?

—¡Ajá!

—¿Para qué?

—Sabemos que un día u otro han de desentrañar los secretos de la astronáutica, Althea, y queremos estar preparados para ese día… si es que antes no les hemos conquistado a ustedes.

Se abrieron desmesuradamente los ojos de la chica.

—¿De modo que, al fin y al cabo, nuestras suposiciones fantásticas acerca de ustedes son una realidad, Harv?

—¿Por qué lo dice? ¿Porque tratemos de conquistarles? ¿Acaso lo niego?

Sonrió con cierto orgullo.

—¿Ya han contado con nosotros? Puede que, comparados con los marcianos, seamos unos brutos, pero todavía sabemos pelear. Y no me diga que tienen ustedes esas armas solares, porque…

Le interrumpí.

—Está usted completamente engañada, Althea —dije, meneando lentamente la cabeza—. Nuestra conquista no tiene carácter bélico, sino que, por el contrario, tiene un completo aire de paz. Pretendemos organizarles a ustedes, suprimiendo sus estúpidas diferencias y haciendo que sea un solo gobierno el rector de sus vidas. Un gobierno que cumpla su misión con estricta justicia, sin reparar en sentimentalismos que…

Ahora fue ella quien me interrumpió.

—¿Y ese gobierno —dijo ella burlonamente—, ha de ser necesariamente marciano, verdad?

La miré fijamente.

—Sí —contesté con cierto calor—. Sí, en los primeros tiempos, hasta que ustedes demuestren haber llegado a un grado de madurez política tal que todas sus diferencias hayan desaparecido totalmente. Entonces los dos planetas seremos uno solo y juntos podremos emprender la conquista de las estrellas que nos aguardan allá arriba.

No quise añadir más.

Al terminar señalé, quizá involuntariamente, con la mano, hacia el cielo cubierto de resplandecientes puntos de luz. Vi que, pese a todo, Althea se había emocionado con mis palabras, lo que me dijo que las había tomado con absoluta sinceridad. Eso me alegró.

Hubo una pausa.

Para romper aquel momento de tensión sentimental, continué:

—Antes le dije que iba a hacerle una demostración de mi fidedigno origen marciano. Sé que cometo una gravísima falta al hacerlo, revelándole uno de nuestros más importantes secretos, pero tengo en usted una implícita confianza, Althea, y sé que, si se lo pido, no lo revelará a nadie, ¿no es verdad?

Ella asintió, pero no pude efectuar lo que acababa de prometer, porque en aquel momento un ensordecedor clarinazo atrajo nuestra atención.

CAPÍTULO VI

La atención de Althea quedó centrada inmediatamente en el tablero de instrumentos.

—¡Nos atacan! —dijo.

—¿Quiénes?

—No lo sé... y no crea que me importa mucho —contestó ella, tensa, manejando el aparato con estupenda habilidad. Ya había desconectado el piloto automático y sus pupilas estaban fijas en la fluorescente pantalla del radar.

Estudié la pantalla también, dándome cuenta que era un aparato el que se aproximaba a nosotros con enorme velocidad. Dentro de poco estaríamos a tiro y...

—¿Puedo ayudarle? —inquirí cortésmente—. Recuerde que yo también voy armado.

Inclinada sobre el cuadrante, me arrojó una rápida mirada por encima del hombro.

—Intente sacar la mano fuera y el aire se la arrancará de cuajo. Volamos a velocidades supersónicas, ¿sabe?

Asentí moviendo la cabeza. No obstante, tampoco estaba decidido a que nos frieran allí como tiernos pollitos, por lo que decidí ayudar a la muchacha, en la medida de mis fuerzas.

Tenía bajo los pies aquel misterioso maletín del cual no me separaba ni en los momentos peores. Y en él guardaba algunas cosas que hubieran hecho la felicidad de los científicos terrestres y, ¿cómo no?, la de los industriales que hubieran conseguido hacerse con las patentes.

Lo primero que hice fue extraer una especie de gafas de gran tamaño, casi eran un casco, que me coloqué de modo conveniente, no sin que la muchacha me dirigiera una mirada de asombro.

—Usted dedíquese al gobierno de la nave y no se preocupe de más —exclamé.

Aquellas gafas me permitían ver en la oscuridad, como si estuviéramos en pleno día. No eran unos cristales corrientes, a base de infrarrojos

que sólo permiten captar difusas siluetas; por el contrario, suprimían total y literalmente la noche.

Acto seguido me volví en el asiento.

—Usted irá indicándome por dónde está el avión que trata de abatirnos, Althea.

Escruté el espacio, y al no ver nada, utilicé otra de las propiedades de aquellas maravillosas gafas, convirtiéndolas en unos poderosos prismáticos que aumentaron enormemente todo cuanto tenía ante mí. La voz de Althea me indicó una dirección y miré hacia allí.

No tardé en verlo. Inmediatamente, y merced al prodigioso aumento del instrumento óptico, reconocí al misterioso piloto que estaba a punto de despegar cuando nosotros lo hacíamos. Era evidente que aquellos tipos no dejaban cabo por atar.

Pero el aparato que pilotaba Althea era un simple avión de recreo, pese a la tremenda potencia de sus motores y, por lo tanto, estaba completamente inerme. Salvo mis instrumentos, no había ni un mal palillo de dientes con el cual defendernos. Bruscamente, Althea lanzó una exclamación:

—¡Cuidado, Harv, ahí viene!

Ella lo había visto a través de la pantalla y yo gracias a mis gafas. El piloto nos había disparado un proyectil, que se encaminó en derechura hacia nosotros, dejando tras sí una humosa estela que parecía trazada con tiralíneas en el espacio.

En el último momento, el cohete pasó por nuestro lado, a una distancia increíblemente corta. Respiré, aliviado, y dije:

—Ese individuo nos va a dar mucha guerra. ¿No tiene usted ningún medio de escapar?

—No; su aparato es mucho más rápido que el mío, Harv.

—Pues entonces, sólo queda una solución.

Después de esquivar otro disparo, se lo dije. Ella se sobresaltó enormemente al enterarse de mi plan.

—Eso sería tanto como entregar el cuello al matarife, Harv.

—En la posición en que estamos, ese asesino nos derribará en

cualquier momento —dije, siguiendo las evoluciones del aparato enemigo, el cual, después de haber disparado su primera salva, estaba evolucionando para colocarse en una mejor posición de tiro.

—¡Vamos! —la urgí—. Decídase o...

Era indudable que el tipo nos estaba siguiendo por radar, aunque no dudo que también dispusiese de algún sistema de infrarrojos para asegurar mejor su puntería en el último instante. Pero también estaba seguro que si le dejaba situarse de nuevo en posición de tiro, el próximo disparo daría de lleno en el blanco y entonces, ¡plaf!, los dos a volar, pero con alitas blancas y en sentido figurado.

Althea se dio cuenta de que no le quedaba otra solución. Hizo lo que le había dicho y en contados segundos el avión disminuyó su velocidad, hasta quedar completamente suspendido, inmóvil en el aire.

Aproveché el tiempo; no podía perder un segundo, porque ya el aparato enemigo rugía, arrojándose sobre nosotros. En cortísimos instantes estaría ya a tiro y...

Por unos instantes, la cúpula de nuestro aparato fue echada hacia atrás.

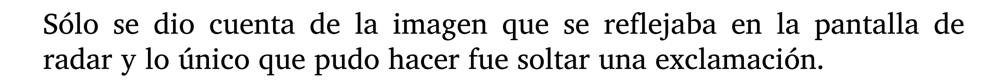
—¡Dese prisa, Harv! —gritó Althea, observando, espeluznada, la pantalla de radar.

No tuvo que repetirme la observación. Mis gafas traían la imagen del aeroplano enemigo, a tan corta distancia, que parecía como si lo pudiera tocar con la mano y, alzando el brazo un poco, oprimí el disparador de la demoledora.

Una nube de humo apareció bruscamente en el lugar donde una décima de segundo antes había estado el aparato enemigo. La nube se esparció presurosamente y vi surgir de su seno, cayendo de un modo que infundía espanto, una silueta humana.

Moví la cabeza con pesimismo. Aquel hombre estaba ya muerto apenas se le desintegró el aparato, reventado interiormente a causa del brutal choque con el aire. No es posible enfrentarse impunemente con la atmósfera cuando el avión vuela a más de dos mil kilómetros a la hora; es la muerte segura, y aquello que caía era ya un cadáver.

Pero Althea, naturalmente, no lo había visto.


Sólo se dio cuenta de la imagen que se reflejaba en la pantalla de radar y lo único que pudo hacer fue soltar una exclamación.

—¡Lo consiguió, Harv!

—Así es, Althea —repuse tranquilamente, ocupando de nuevo mi puesto—. Y ahora, si me permite la observación, le diré que estamos cayendo hacia abajo y que sería muy conveniente que reanudáramos el viaje.

Hizo lo que le decía y luego me miró.

—¿Qué clase de hombre es usted, Harv?

—Oh, uno como hay muchos, Althea —respondí modestamente.

Ella se mordió los labios. Dijo:

—Me gustaría saber...

—¿Qué, Althea?

—Usted desintegró ese aparato. Pero llevaba carga de cohetes. ¿Por qué no estallaron éstos?

—La acción de mi pistola es sumamente rápida. No dio tiempo a la combustión del explosivo químico de que estaban cargados sus proyectiles. Pero me parecieron de una pobreza insultante.

—¡Cómo! —se ofendió ella, cosa que me extrañó sobremanera—. ¿Está usted desdeñando unos cohetes que, de habernos alcanzado, nos hubieran hecho mil pedazos, Harv?

Me encogí de hombros.

—Tenía entendido que ustedes fabricaban proyectiles capaces de seguir al blanco hasta contactar con éste.

—¿Y quién dice que no los tenemos? Lo que ocurre es que éste era un avión particular y no del Ejército o la Marina. Todavía no consigo explicarme cómo pudo hacerse con los que llevaba a bordo.

A partir de este momento nuestra conversación tomó un giro de inferior trascendencia. Pero mientras que charlábamos no pude por menos que pensar en lo descuidado que había sido confesando a la joven mi legítima procedencia. Aunque quizá lo había hecho calculando que ella no se creería lo que a primera vista parecía un

solemne embuste. Sin embargo, allí estaban mis armas para demostrar que lo que yo había dicho era la pura verdad. ¿Qué opinaba ella de todo el asunto?

Francamente, no lo sabía, y, además, esto no me preocupaba gran cosa. En el poco tiempo que la había conocido, había podido apreciar sus excelentes dotes y sabía también que no traicionaría la confianza que había depositado en ella. Otra, acaso, se hubiera precipitado a dar la noticia a los periodistas, pero ella no lo haría. Más, sin duda alguna, por mí que por temor a correr un espantoso ridículo, pues estoy seguro de que nadie se hubiera creído que yo era un marciano.

Bien, el caso es que poco después llegábamos a un aeropuerto, una vez cruzado el Atlántico en un tiempo brevísimo, merced a la excepcional rapidez de vuelo de nuestro aparato. A casi dos mil kilómetros a la hora, nos costó menos de tres llegar al aeropuerto, en el cual tomamos tierra, haciendo Althea una soberbia demostración de sus facultades como piloto.

Alquilamos un coche y nos dirigimos a la ciudad, que atravesamos totalmente. Era un ascua de luz, infinitamente mayor que aquella que habíamos dejado pocas horas antes, y pude atisbar gigantescos edificios, cuya altura me aturdió tan sólo con intentar el cálculo de los metros que había entre la cúspide y el suelo. Pero el coche no se detuvo en el área urbana, sino que la dejó atrás, cruzando por una serie de campos, la mayoría de ellos ocupados por casitas de uno o dos pisos, todas cuyas ventanas aparecían brillantemente iluminadas. Al fin, el conductor detuvo el vehículo frente a una enorme mansión, cuyo aspecto me impresionó sobremanera.

Althea se apeó y, como antes, abonó el gasto del transporte. Un criado, vestido de impresionante manera, salió a recibirnos y, cortésmente, trató de apoderarse de mi maletín.

Retrocedí un par de pasos, sujetando la caja contra mi pecho.

—¡No! —dije secamente, y el mayordomo parpadeó. Pero este parpadeo fue todo el asombro que demostró por mi inesperada acción.

—Como guste el señor —murmuró cortésmente.

—George, ¿está mi padre?

—No, señorita. Ha salido y…

—Está bien, George. El señor Lamb es invitado mío. Haga que le

preparen una habitación, pues va a pasar aquí una temporada.

—Sí, señorita.

Entramos en la casa y procuré disimular la admiración que me causaba el lujo que por todas partes me rodeaba. Althea dijo:

—George te acompañará a tu habitación. Esta noche tendrás que cenar así; mañana ya encargaremos ropas para ti. Hasta luego.

Después de aquello, pasé allí unos cuantos días de descanso, maravillosamente feliz, sin hacer absolutamente nada que no fuera comer, dormir y tomar el sol y bañarme en la piscina de la casa. Afortunadamente, los constructores del cinturón antigravitatorio habían tenido en cuenta que iba a un planeta superabundante de agua, y lo habían hecho impermeable, de modo que el bañarme con él puesto no constituía el menor problema.

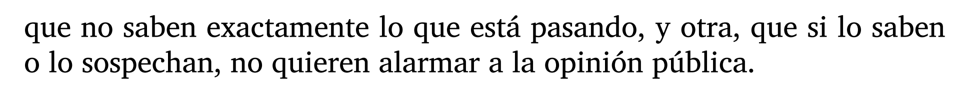
Conocí también al padre de Althea, un prominente hombre de negocios de la ciudad, hombre en extremo agradable, con el cual simpaticé enseguida. Se rió mucho cuando Althea le dijo que yo era marciano, nos palmeó a ambos las espaldas y dijo que vaya un buen humor que teníamos.

El tiempo se deslizó rápidamente allí, haciéndome olvidar la misión que me había traído a la Tierra. A veces, durante la noche, antes de dormir, me ponía a pensar, diciéndome que no estaba bien lo que hacía, pero me tranquilizaba a mí mismo con ciertas falsas argumentaciones, que en medio de todo, tampoco dejaban de tener algo de fundamento. Toda mi vida la había dedicado al trabajo y al estudio y, aunque había de llegar indefectiblemente el momento en que aquellas delicias se acabasen, me decía que aquéllas no eran sino unas merecidas vacaciones, las primeras que me tomaba al cabo de toda una vida de lucha y esfuerzos continuos.

Los periódicos llegaban puntualmente a la mansión, y por ellos me enteré del jaleo que había organizado en Madrid, con la suplantación de Pedro Solanas. Hablaban también de los tumultos ocurridos en la plaza de toros, pero no decían una sola palabra sobre la destrucción del monumento. Esto no dejó de extrañarme y así lo comenté con Althea.

La muchacha se quedó muy pensativa durante unos momentos, y al cabo dijo:

—Seguro que no quieren decir nada, por varias razones. Una de ellas,


que no saben exactamente lo que está pasando, y otra, que si lo saben o lo sospechan, no quieren alarmar a la opinión pública.

—¿Por qué? —inquirí.

—Las gentes de este planeta son muy particulares, Harv, y ya las irás conociendo a medida que vaya pasando el tiempo. Si se extendieran las noticias de tus hazañas, posiblemente se extendería el pánico, y la psicosis de invasión extraterrena. Y esto podría llevarnos a la catástrofe. No, es mejor que se lo hayan callado, aunque ya puedes tener por seguro que los mejores sabuesos están haciendo investigaciones a fondo acerca del asunto.

—¿Sabuesos?

—Policías, Harv.

—¿Quieres decir que me están buscando?

—Posiblemente, aunque no a ti precisamente, sino a un hombre joven y bien parecido que convirtió en humo la estatua de un héroe, con un arma nueva y totalmente desconocida para los terrestres.

—¿Y qué harían si me encontrasen?

—Pues... te interrogarían a fondo, tratando de sacarte todos tus secretos, y queriendo averiguar quién eres, qué haces y cuáles son tus propósitos aquí.

—Esto no es ningún secreto —dije, un poco amoscado—. Si me cogen un día, se los diré.

Althea suspiró.

—¡Qué ingenuo eres! Entonces no te creerán, Harv.

—¿Que no? Volveré a hacerles otra demostración con la demoledora y...

—Mejor será que no te encuentren, Harv.

—De todas formas —meneé la cabeza—, yo no he venido a la Tierra para dedicarme a la holganza.

Althea me miró de una manera completamente extraña.

—No me vas a decir que persistes en tus primitivas ideas de

conquistarnos, ¿verdad?

—Lo siento, Althea, pero ésa es mi obligación. Bueno, no exactamente, sino...

—Sino ir preparando el terreno para tus compatriotas, ¿eh? Averiguando todos nuestros secretos, no sólo científicos, sino también los humanos, y en especial los espirituales, de modo que, cuando llegue la flota marciana de invasión, ésta se produzca con un mínimo de esfuerzo.

—El modo cómo se producirá esa invasión, Althea, lo ignoro por completo. Por mi parte, dicho sea de un modo totalmente personal, no creo que suceda en la forma que tú y la mayoría de los terrestres creéis.

—¿Y cómo sabes que lo creemos así, Harv?

Me eché a reír.

—Además de tomar el sol y aprender a nadar —¡qué deporte tan maravilloso, Althea!—, he aprovechado el tiempo y he estado leyendo muchos de los libros de tu biblioteca. Y hay algunos que... ¡cielos!, las barbaridades que dicen y qué fantasía tan desatada tienen sus autores. ¿De verdad la gente se piensa que somos así, tan crueles y sanguinarios?

Ella se encogió de hombros.

—Prejuicios —dijo—. Si vinierais en son de paz, si desde el momento en que descubristeis la navegación sideral se os hubiera ocurrido entablar contacto con nosotros, las cosas podrían ser hoy día de un modo muy diferente, Harv. ¿Por qué no habéis venido antes?

Me di cuenta de que la muchacha aceptaba ya como una cosa completamente natural el hecho de que yo fuera un marciano.

—No podía ser. Según dicen nuestras crónicas, hace unos trescientos años, que es cuando empezamos a volar por el espacio, no estabais preparados para un contacto de esta naturaleza. Tú sabes de sobra cuál era el espíritu y de qué manera estaban educadas las gentes del planeta hace tres siglos. ¿Qué hubiera ocurrido si, de repente, se hubieran encontrado con una civilización infinitamente adelantada? Incluso ahora, que en materia de adelantos científicos no os sorprendéis de nada, el choque sería demasiado fuerte, de modo que las cosas han de hacerse con tiempo, poco a poco, hasta que no exista

el menor temor de una reacción de desagradables resultados. Para unos y para otros, Althea.

Ella lo comprendió así y no insistió sobre el tema.

Pasaron varios días más, en el mismo plan. Era verano y la temperatura resultaba deliciosa y magnífica. Jamás había soñado que se pudiera disfrutar tanto en la Tierra, especialmente después de todo cuanto había leído. Si los terrestres nos creían sanguinarios y crueles, nosotros pensábamos de ellos algo parecido, aunque con bastante razón por nuestra parte. Pero nunca hubiera imaginado que se pudiera disfrutar tanto en este planeta.

Un buen día me di cuenta de una cosa. Jamás me había preocupado de ello, pero, cuando después de cenar, Althea y yo salimos a pasear por la playa, cogidos de la mano, solos ella y yo, la arena y el mar y la luna, comprendí que algo muy grave estaba a punto de suceder entre los dos. Y, antes de que fuera demasiado tarde, decidí cortar por lo sano y marcharme.

Como si hubieran adivinado mis propósitos, aquella misma noche recibí un aviso.

CAPÍTULO VII

El aviso me fue dado por el minúsculo receptor del cinturón antigravitatorio, uno de cuyos papeles era el mismo que el de la campanilla en el teléfono. El receptor bueno era el que tenía en la caja y lo puse en funcionamiento.

Después de haber escuchado lo que se me decía, desde una distancia de ciento veintitantos millones de kilómetros, nada de lo cual fue especialmente agradable para mí, di los informes que me pedían y luego, resignadamente, me dispuse a cumplir las órdenes recibidas.

Debía partir.

Antes de marchar, sin embargo, resolví dejar constancia. Escribí una nota, dirigida a Althea, la cual, dentro de un sobre cerrado, dejé en lugar visible, junto con una pequeña cajita. Luego, tomando el maletín, salí de la casa.

Había esperado para hacerlo a que todo el mundo durmiera profundamente. Eran las tres de la madrugada cuando menos y antes de una hora empezaría a amanecer. Caminando con vivo paso, pronto estuve bien lejos de la mansión suspirando melancólicamente al pensar en los maravillosos días allí transcurridos y que jamás, esperaba, volverían a repetirse.

Pronto salí a la carretera y caminé por ella. La circulación era aún nula, pero yo sabía que muy pronto empezarían a correr por ella coches y camiones y contaba en tal coyuntura para que me llevasen al punto donde había sido citado.

Una media hora más tarde, sentí a mis espaldas el ruido de un motor. Me paré y aguardé el paso del vehículo, haciéndole una señal con el pulgar. El chofer detuvo el camión, haciéndome una seña con la cabeza de que me subiera arriba.

Trepé a la cabina, saludé, me contestaron con un gruñido, y luego el camión reanudó su marcha hacia la ciudad.

No intenté entablar conversación con aquel individuo, ni tampoco él quiso hacerlo. A medida que nos acercábamos a la ciudad, el día iba creciendo en luz y poco a poco los difusos contornos del paisaje se iban concretando en sólidos objetos.

Para orientarme, le hice al individuo unas cuantas preguntas. Acabó por contestarme:

—Yo tengo que pasar por allí, de modo que lo dejaré en aquel sitio.

Le di las gracias y luego, repantigándome en el asiento, me dediqué a contemplar el panorama, cosa que no había podido hacer mucho el día de mi llegada. ¡Qué diferente hubiera sido nuestra vida y, acaso nuestra civilización, de haber podido disponer de un planeta como la Tierra, con espacio suficiente, y sobre todo, con agua, aquel precioso líquido que tan escaso iba en Marte! El ancho río que cruzamos mediante un puente gigantesco me subyugó sobremanera, contemplándolo durante todo el rato hasta que lo perdimos de vista.

Atravesamos la ciudad, sin ningún incidente. A cada vuelta de las ruedas estábamos más cerca de mi objetivo. Ya no tardaríamos mucho en alcanzarlo.

Althea me había regalado un reloj terrestre, con el cual computaba el tiempo. Media hora después de haber salido de la ciudad, me di cuenta de un detalle.

—Oiga, amigo, me parece que nos hemos pasado.

El chofer se encogió de hombros y, por toda respuesta, dio más gas al motor. El camión aumentó su velocidad.

Aquello empezó a no gustarme. Le repetí la pregunta y la respuesta del tipo fue la misma.

Entonces fue cuando me percaté de que estaba pisando terreno movedizo.

Pero yo estaba decidido a salir de allí cuanto antes, por lo que eché mano al maletín, dispuesto a enseñarle al tipo la demoledora para convencerle de que debía dar media vuelta y regresar al punto que le había indicado.

No pude conseguirlo. Una mano, a la cual seguía un brazo de solidez indiscutible, atrapó mi cuello contra el respaldo del asiento, impidiéndome por completo la libertad de movimientos.

Intenté luchar, pero la desventaja era evidente. Mis esfuerzos resultaron completamente inútiles y, de pronto, vi la cara del chofer, en la cual se dibujaba una satánica mueca de triunfo.

Esto fue lo último que vi, porque, casi al instante, alguien me colocó delante de las narices un trapo mojado en algo que esparcía un olor dulzón.

Intenté contener la respiración, pero no lo conseguí. Inspiré un par de veces, y luego todo empezó a dar vueltas delante de mí. No recuerdo cuándo, al soltarme, se me dobló la cabeza sobre el pecho.

* * *

Al despertarme, me encontré tendido en el suelo, con la lengua que parecía habérseme engordado cinco centímetros y un violentísimo dolor de cabeza, cosas ambas que, unidas, me causaron unas espantosas náuseas. Pero a poco, haciendo acopio de voluntad, conseguí recuperarme, hasta que hube reunido las fuerzas suficientes para sentarme en el suelo.

Aguardé unos momentos hasta que tuve completamente despejado el cerebro. Luego, miré en torno a mí, sin conseguir divisar nada, porque me hallaba en un lugar sumido en la más absoluta oscuridad. Me puse

en pie y vacilé, teniendo que apoyarme en la pared, que hallé muy lisa y terriblemente fría. Después, siempre tanteando los muros, recorrí el lugar en que me hallaba, hasta darme cuenta de que era un estrecho cubículo, de apenas dos metros de lado. El techo era bajísimo, puesto que lo tocaba con las puntas de los dedos, sin necesidad de alzarme sobre las de los pies.

A tientas volví al lugar en que me había despertado. Me agaché, tocando la cajita, cosa que me alegró sobremanera, pero cuando, siempre a tientas, la abrí, hallé que todo su contenido había desaparecido por completo, lo que no dejó de llenarme de un más que lógico desconsuelo.

Pasó un buen rato antes de que mi situación variara. No sabía qué hora era, ni si era de día o de noche; hasta el reloj me habían quitado mis secuestradores. En vista de ello, opté por sentarme en el liso pavimento, pero apenas lo había hecho, cuando una puerta se abrió.

La luz me deslumbró, haciéndome cerrar los ojos. Cuando me hube habituado al resplandor, miré a los hombres que tenía frente a mí.

Eran tres: dos de ellos muy altos, casi unos gigantes, en tanto que el otro, aun siendo de normal estatura, parecía un enano a su lado. Todos llevaban el rostro cubierto por sendos pañuelos, que apenas si les dejaban los ojos al descubierto y, en general, su aspecto no podía ser más truculento.

Me puse en pie, mirándolos fijamente.

—Deseo salir de aquí —dije—, donde estoy retenido contra mi voluntad. Ustedes no pueden tenerme prisionero; están cometiendo un acto totalmente ilegal.

—La legalidad de nuestros actos no eres tú quién para juzgarla, Híos.

Aquella respuesta me dejó helado. ¡Conocían mi nombre, mi auténtico nombre!

El pequeño se dio cuenta de mi turbación y pareció recrearse en ella.

—Híos, te hemos estado siguiendo la pista desde que llegaste a la Tierra. Confieso que, últimamente, habías logrado desorientarnos, pero al fin hemos conseguido echarte el guante. Este planeta es demasiado pequeño para que nadie pueda esconderse de nosotros.

Me dije que acobardándome no iba a solucionar nada de mi crítica

situación, de modo que adelanté un paso.

—No sé quiénes sois vosotros ni qué es lo que pretendéis de mí. Lo único que deseo es que me dejéis libre inmediatamente. De lo contrario, os sucederá algo muy grave. ¡Dejadme paso!

No se movieron, cosa que no me sorprendió. En lugar de ello, el pequeño que, por llevar la voz cantante parecía el jefe, dijo:

—Queremos saber quiénes son tus cómplices.

—¿Eh?

Aquello era completamente nuevo para mí. La pregunta me desconcertó por completo.

—Cómplices... ¿de qué? —pregunté, aturdido.

—¡Demasiado lo sabes, Híos, para que ahora vengas haciéndote el tonto! ¡Vamos, contesta de una vez!

—No sé de qué me estáis hablando. ¿Quién os ha dicho mi nombre?

—¿Qué importa eso? Sabemos que has venido de Marte y esto es lo que interesa, ¿comprendes?

Miré al tipo de soslayo.

—Lo cual significa que tú también eres un marciano, y que me estás reteniendo aquí, no solamente contra mi voluntad, sino contra la de la Pentarquía, que me envió a la Tierra con una misión completamente definida.

—Eso es cierto. Pero también sabemos que, en lugar de ejecutar lo que se te había ordenado, te dedicaste a conspirar contra los Pentarcas, desobedeciendo las órdenes que te habían dado. Y no lo hiciste solo, porque tienes cómplices.

Solté una risita de ironía.

—¿Cómplices? ¿Acaso te refieres a Althea McCormick? ¿Crees sinceramente que esa muchacha puede ser mi cómplice en la supuesta conspiración que acabas de decir?

—Althea quizá no; pero has permanecido mucho tiempo en su casa y esto te ha dado oportunidades de sobra para relacionarte con los demás rebeldes.

—¿Rebeldes? ¿Cómplices? Vamos, tú estás soñando… o borracho, que es mucho peor. Además, ¿por qué diablos iba yo a conspirar contra la Pentarquía?

El enmascarado frunció el ceño.

—Sabemos que hay muchos a quienes no les gusta nuestra manera de gobernar y que aprovechan la ocasión de ser enviados a la Tierra para rebelarse contra sus gobernantes. Tú no has sido la excepción y te conminamos a que delates a tus cómplices.

—¡Estás chiflado, loco de atar! Seguro que aquí te has hinchado de leer novelas policíacas y actúas como si fueras el malo de una de ellas. ¡Vete al infierno y déjame en paz!

Los dientes del jefe chirriaron perceptiblemente a través del pañuelo que le cubría las facciones.

—Tenemos medios de obligarte a hablar, Híos, y tú no lo ignoras. De modo que cuenta todo lo que sabes enseguida antes de que sea demasiado tarde para ti.

Me encogí de hombros.

—Sé tanto de esa conspiración como de los habitantes de Saturno. Así que es inútil que pierdas tiempo conmigo. Lo mejor será que me dejes salir y pueda acudir al lugar donde se me ha ordenado ir.

—Yo fui quien dio esa orden —dijo el enmascarado.

Le miré unos segundos en silencio.

—Sabes hacer muy bien las cosas, sinvergüenza. No dejas cabo por atar, excepto en la tontería de la traición contra la Pentarquía.

—¡Estás mintiendo, Híos! —gritó el enmascarado, apretando los puños.

—Bueno, como quieras. Pero tú sabes tan bien como yo que todo eso es una fábula, y aun en el supuesto de que fuera verdad, yo ignoro totalmente a qué se refiere esa conspiración. Desde que llegué a la Tierra no he tenido el menor contacto con ningún marciano.

El tipo del pañuelo me arrojó una mirada envenenada. Calló un instante y luego dijo:

—Muy bien, Híos. Si te he de ser franco, no esperaba que hablases a la

primera. Pero llegará un momento en que tú mismo pedirás hablar. Cuando ese momento llegue, no tienes más que golpear la puerta. Mientras tanto, te quedarás aquí, encerrado.

—El tormento del hambre y la sed, ¿eh?

El jefe me miró un momento y luego su vista se paseó por la reducida estancia.

Por unos momentos me sentí tentado de arrojarme sobre los esbirros y luchar por mi vida y mi libertad, pero me dije que sería un esfuerzo inútil. No podría vencerlos y lo único que conseguiría sería desgastar mis esfuerzos en una batalla de antemano condenada a la derrota. Así, pues, crucé desdeñosamente mis brazos sobre el pecho y aguardé.

—Esta habitación —dijo el enmascarado—, cierra herméticamente. Tiene seis metros cúbicos, y ése es exactamente el volumen del aire contenido en ella. Teniendo en cuenta que una inspiración tuya lleva a tus pulmones unos cuatro litros de aire, no es difícil calcular el tiempo en que todo el oxígeno se haya consumido... y entonces —sonrió a través del pañuelo con una mueca que calculé diabólica—, tú mismo vendrás a rogarnos te abramos la puerta. Hasta entonces...

El jefe se interrumpió de repente.

—Además, me olvidaba de otro detalle, Híos. Tu cinturón antigravitatorio. No quiero que sientas molestias en el cuerpo, ¿sabes?

Al oír aquello di un paso atrás, calculo que terriblemente pálido. La gravedad terrestre me aplastaría, me...

Los dos esbirros saltaron sobre mí, apresándome sin concederme el menor lugar a la defensa. En unos cortos segundos me despojaron del artefacto; luego me empujaron violentamente a un lado.

Golpeé contra la pared y luego resbalé hasta caer al suelo, quedando tendido en él, jadeante y sin aliento. Oí unas risitas sarcásticas y luego las tinieblas y la soledad fueron conmigo.

Durante unos momentos permanecí en aquella postura, tendido en el suelo con la mejilla pegada al pavimento, cuya frescura me reconfortó no poco. Empecé a pensar en lo difícil de mi situación, pero, de pronto, algo estalló en mi cerebro con cegadora claridad.

¡No sentía ninguna opresión! ¿Qué era aquello? ¿Qué me estaba pasando? Cuando llegué a la Tierra, su triple gravedad me había

aplastado. Pero ahora no sucedía nada de eso. Me notaba normal, sin el menor síntoma de pesadez o torpeza, tan fuerte y ágil como cuando llevaba el cinturón antigravitatorio.

No tardé mucho en comprender lo que sucedía, lo cual, por otra parte, era bien sencillo de averiguar. Durante mi permanencia en la Tierra me había habituado a la intensa gravedad del planeta y ahora, el cinturón antigravitatorio, para mí, salvo su utilidad como instrumento científico, no me servía en absoluto para nada. Quizá sí, como arma, si conseguía recuperarlo, pues era bastante grueso y pesado, y un golpe bien dado con él, derribaría a un hombre con tanta seguridad como si fuera una matraca.

Aquello me concedió un momento de alivio y hasta júbilo, el cual se disipó cuando recordé otra cosa que, momentáneamente, había olvidado: la absoluta estanqueidad de la cámara en que me hallaba.

No me cabía la menor duda de que el enmascarado era muy astuto. Un hombre puede soportar todos los tormentos físicos que se le apliquen, y aun los morales, pero cuando se queda sin aire, la inteligencia desaparece y sólo queda el instinto. Y cuando yo hubiera consumido los seis metros cúbicos de que disponía, tendría que llamar a la puerta, lo quisiera o no.

Empecé a hacer cálculos. Cuatro litros por segundo, por término medio, contando con dieciséis inspiraciones al minuto, daban sesenta y cuatro litros de aire consumidos en este último espacio de tiempo. En una hora consumiría tres mil ochocientos, poco más o menos, de modo que ya sólo me restaba calcular el tiempo que tardaría en gastar los dos mil doscientos restantes. Lo calculé.

Treinta y cinco minutos aproximadamente. Poco más de hora y media en total. Una vez transcurrido este plazo, tendría que llamar. No tenía escapatoria.

Claro está que también me quedaba el recurso de disminuir el ritmo de mis inspiraciones, pero lo único que conseguiría sería dilatar el momento de la llamada, lo cual, me dije, no era ningún remedio práctico.

Era para desesperarse.

Bueno, pero yo les guardaba una sorpresa con la cual no contaban, a buen seguro. Me reí, pensando en el chasco que se iban a llevar y me entraron ganas de llamar en aquel mismo instante, pero me arrepentí, dejándolo para el momento oportuno. Así la cosa tendría más visos de

realidad y me sería mucho más fácil poner en práctica el plan que había pensado.

Había que esperar.

Mientras tanto, traté de distraerme pensando en las palabras que había oído al enmascarado. No acababa de entender a qué se refería con aquella conspiración de que me había hablado. ¿Por qué conspirar contra la Pentarquía... y por qué, también, hacerlo desde aquí, en la Tierra?

Jamás había oído nada semejante.

No era lógico.

En mi opinión, si alguien hubiera intentado algo contra el gobierno marciano, lo debería haber hecho desde el mismo planeta, donde tenía todos los medios a su alcance. ¿Con cuáles contaba aquí? ¿Acaso iba a hacer la revolución por medio de mensajes tranquilamente emitidos a la población marciana desde el seguro refugio de la Tierra?

¿Retransmitir discursos políticos para que la gente se alzara contra la Pentarquía?

Esto era imposible. Tan sólo los marcianos pertenecientes a muy elevadas clases científicas podían escuchar las emisiones terrestres, y aun eso mismo continuamente vigilados por los miembros más seguros de la Guardia Roja. Además, aunque no hubieran estado vigilados, estas emisiones no les hubieran causado el menor impacto moral, puesto que los terrestres ignoraban por completo nuestra existencia. Hubiera sido preciso que todo el mundo dispusiera de receptores interplanetarios, cosa que hubiera presupuesto un gasto de energía exorbitante que ni aun nuestro elevadísimo potencial estaba en condiciones de soportar.

Además, los rebeldes no contarían en la Tierra con ninguna máquina con que atacar a Marte.

Pensando en todo esto, el tiempo se me hizo increíblemente corto. Cuando me quise dar cuenta, ya había llegado la hora de mi actuación. De un modo mecánico, en tanto hacía mis cálculos mentales, había estado contando las inspiraciones, pues no podía medir el tiempo de otra manera, y cuando llegó el momento de actuar, me arrastré ruidosamente hacia la puerta.

Levanté el brazo y di en ella dos o tres golpes con la palma de la

mano.

Esperé en tensión.

CAPÍTULO VIII

No quise correr ningún riesgo. Podía haber soportado diez o quince minutos más en el interior de la cámara, pero no quería dar comienzo a mi plan falto de fuerzas.

A pesar de todo, el aire estaba ya bastante viciado y no era nada agradable de respirar. El ambiente estaba húmedo y hacía calor. Mis palmadas sobre la puerta resonaron con fuerza. No tardó ésta en abrirse y una bocanada de aire puro y fresco invadió mis pulmones.

Sin embargo, continué en el suelo, como si la enorme gravedad de la Tierra me aplastara contra él, impidiéndome los movimientos. Sentí que alguien se inclinaba sobre mí y unas fuertes manos me tomaron por debajo de los brazos.

—Qué, te decidiste a charlar, ¿eh?

Moví la cabeza pesadamente, como si me costara un grandísimo esfuerzo. Arrastré las puntas de los pies por el suelo, dejándome llevar.

Los dos sicarios treparon por los peldaños de una escalera, intercambiando entre ellos pesadas bromas, carentes en absoluto de buen gusto. Pero eran marcianos, porque hablaban mi mismo idioma y, de esto sí que estoy seguro, no había terrestre alguno capaz de entender nuestro enrevesado lenguaje.

Al fin llegamos a una estancia que advertí brillantemente iluminada. Al fondo se veía una puerta que no daba la sensación de estar cerrada del todo y entonces fue cuando yo decidí que había llegado el momento de la acción.

Mis guardianes creían que yo estaba atontado tanto por la falta de aire, pensando que había resistido hasta el límite, como por la pesadumbre de la gravedad terrenal. Se equivocaban.

Bruscamente me puse en pie, cogiéndolos desprevenidos.

Su sorpresa fue tal, al no esperar mi súbita reacción, que por unos momentos se quedaron paralizados. Pero yo no esperé a que iniciaran el contraataque.

Girando un cuarto de vuelta, me enfrenté con el que tenía a mi izquierda, y cuya boca estaba abierta en un gesto de estúpida sorpresa. Mi puño cayó con terrible fuerza sobre aquella boca, de la que brotó al momento un chorro de roja sangre.

Casi al mismo tiempo, levanté un pie, hundiéndoselo al esbirro en el vientre. El individuo lanzó un agónico gemido y se curvó sobre sí mismo.

Acto seguido, giré en redondo enfrentándome con el otro que, ya rehecho, cargaba sobre mí.

Los puños del sicario voltearon aparatosamente en el aire. Antes de que cayera yo me había arrojado sobre él con la cabeza baja.

El individuo boqueó angustiosamente cuando sintió escapársele de repente todo el aire de sus pulmones. Abrió los brazos en cruz y, sin caer del todo, retrocedió. Un seco derechazo a la mandíbula fue la puntilla y el tipo cayó de espaldas, haciendo retemblar el suelo con su enorme humanidad.

Seguro de esto, me volví hacia su compañero, cuyos jadeos percibía todavía a mi espalda. Se estaba incorporando, pero sus facultades físicas habían sufrido un notorio deterioro. Yo se lo aumenté mediante un feroz golpe al estómago.

Su nuca quedó al alcance de mi mano derecha. Bajé el filo y al momento el esbirro cayó al suelo.

Les registré apresuradamente. La lucha había sido tan rápida que no había producido apenas el menor sonido. Los dos yacían allí, piernas y brazos abiertos, y sin el menor escrúpulo les registré minuciosamente, despojándolos de sus respectivas demoledoras, así como de sus cinturones antigravitatorios. Éstos, además de su principal virtud, anular o reducir la gravedad, tenían algunas otras, y yo no quería que las pudieran utilizar.

A continuación me encaminé a la puerta de la estancia, abriéndola con infinito cuidado. Pasé a otra habitación, también desierta, la cual crucé, siempre observando las debidas precauciones y luego me dispuse a salir.

En aquel momento, y antes de que tocara el pomo de la puerta, cierto instinto me advirtió de que no ejecutara el gesto. Retrocedí un paso, buscando algún objeto con el cual tantear el camino y pronto pude hallarlo en una pesada mesa de despacho que, tras ímprobos esfuerzos, pude levantar sobre mi cabeza.

El choque de la mesa contra la puerta hizo retemblar la casa entera. Pero no me extrañó; en realidad, ya lo esperaba. Lo que sí me puso frío en el semblante fue el enorme chispazo que estalló con sonoro crujido al ser interrumpida violentamente la potentísima corriente eléctrica que, a modo de valla invisible, cerraba la salida por aquel lado.

Aun así, el paso estaba obstruido por el mueble. Sin vacilar un momento, exponiéndome a una grave catástrofe, tomé una de las demoledoras y apreté el gatillo.

La mesa y la puerta desaparecieron como por encanto. Para asegurarme que no iba a ser electrocutado al cruzar el umbral, disparé varias veces contra las inmediaciones de la puerta, hasta estar seguro de que estaban completamente destrozados los conductores eléctricos. Parte del techo se desplomó con fragoroso estruendo, y esquivando como pude los cascotes de escombro salí fuera del edificio.

Me extrañó bastante no hallar al enmascarado. Pero supuse que acaso habría dejado aquel par de rufianes para que me fueran ablandando, caso de que me mostrara reacio a su interrogatorio, ausentándose por algún motivo que yo ignoraba, y no me preocupé mas de él por el momento. Lo único que hice fue inutilizar uno de los cinturones antigravitatorios mediante un bien dirigido disparo de mi demoledora, y luego, ciñéndome el otro, en punto nulo, eché a correr por el jardín que rodeaba el edificio.

La puerta estaba también cerrada. Era una valla enrejada de hierro, en la cual percibí una vibración particular.

Tomé una ramita y la arrojé contra la verja. Al instante hubo un chispazo, una llamarada y luego la rama cayó al suelo, consumiéndose.

Aquel tipo no hacía las cosas a medias. Pero era seguro que no se le había ocurrido pensar que, al cabo de cierto tiempo, los marcianos acabábamos por habituarnos a la gravedad más tres terrestre, y este detalle acababa por perderle.

Un par de disparos de la demoledora redujeron al estado de polvo la

verja, cortando de raíz la corriente eléctrica. Libre ya el paso, salí a la carretera, situada a un centenar de metros de la casa.

Ahora no tenía presente en la imaginación más que una cosa: buscar al individuo, cosa que podía hacer, detectándolo por medio de mi cinturón antigravitatorio. Éste emitía unos sonidos muy tenues, solamente perceptibles por el que lo llevaba puesto, y cuyos sonidos se extinguían cuando el que lo estaba utilizando para tal objeto se desviaba de la dirección correcta a seguir.

Saliendo a la carretera, aguardé el paso de un coche, al que detuve, tras haberme asegurado que seguía una dirección aproximada a la que me convenía. Caminé en él unos cuantos kilómetros y cerca de la ciudad, en una estación de servicio brillantemente iluminada, en la cual había un bar, me apeé.

Los terrestres tienen un viejo refrán, cuya sabiduría me ha parecido siempre indiscutible: «Tripas llevan piernas», y yo en aquel momento sentía tal apetito, que de no haber tenido a mano otra cosa creo que me hubiera comido la tela de mi propio traje.

Me senté en la barra, pidiendo un filete con patatas, pastel de manzana, helado y café, una comida por todo lo alto, que devoré rápidamente. Al terminar, el «barman» me miró con admiración.

—Hermano, ¿ha naufragado usted?

Sonreí con cara de circunstancias.

—Algo por el estilo. He venido de Marte y allí no cocinan tan bien como aquí, ¿sabe?

—¿Chistoso, eh? —gruñó el camarero—. Oiga, me gustaría ver el color de sus billetes.

—Son verdes, hermano —contesté, sacando un puñado de los que les había quitado a los esbirros y le arrojé un par de ellos sobre la barra.

La expresión del «barman» varió rotundamente. Tomó uno de los billetes, devolviéndome el otro, y luego dijo:

—No me gusta lo que no es mío, amigo. Y aquí sobra bastante.

—Con que me dé un níquel para el teléfono tengo más que suficiente. ¿Dónde lo tiene?

—Vaya allí, a aquella cabina —dijo el «barman», entregándome la moneda.

Una vez en la cabina marqué el número de Althea.

Me respondió una voz de hombre. La reconocí al instante.

—Señor McCormick, soy Harvey Lamb. Quisiera hablar con su hija.

—¿Althea? ¿No está contigo, Harv?

Un sudor frío me invadió la frente instantáneamente.

—¿Cómo dice usted, señor McCormick? —exclamé cuando me hube repuesto lo suficiente para poder articular palabra.

—Althea desapareció hace dos días, dejándome una nota que se iba contigo. ¿Es que os habéis casado? No me disgusta, Harv; te creo un buen chico, pero por lo menos debíais de haber tenido la delicadeza de decírmelo. Comprendo que os gustase una boda sencilla, pero...

Mientras el padre de Althea hablaba, una serie de pensamientos de devastadores efectos invadían mi aturdido cerebro. Althea no estaba en casa, lo primero. Después, faltaba desde hacía dos días, y por último su propio padre ignoraba su paradero.

—Señor McCormick...

—¿Qué hay, Harv?

—¿Dijo que Althea falta desde hace dos días de casa?

—Sí, Harv; pero ¿qué diablos está pasando? Le entregaron la nota que tú habías dejado y lo sintió muchísimo. Casi al momento recibió un aviso de tu parte y echó a correr, olvidándose de todo.

¡Habían pasado tres noches y dos días desde que me secuestraran! ¿Cómo podía ser tal cosa? ¿Qué misteriosos manejos se traía el enmascarado?

El padre de Althea chilló ahora:

—¡Harv, contéstame! ¿Dónde está mi hija?

El tono de mi voz era duro, pero firme, al contestar:

—No lo sé, señor McCormick; pero puede tener la seguridad de que

antes de muy poco podré devolvérsela.

—¡Espera, Harv! ¿Dónde estás? ¿Desde dónde me...?

Ya no le hice caso. Colgué el teléfono y, con el semblante nublado, me acerqué a la barra.

—Malas noticias, ¿eh? —dijo el «barman».

—Sí — murmuré, y sin que yo lo pidiera el hombre colocó una copa ante mí.

—Esto por cuenta de la casa, amigo. ¿Quiere agua?

Me encogí de hombros, en vista de lo cual el «barman» retiró la botella de soda sin tocarla. Tomé un sorbo de aquel licor y el estómago pareció arderme.

Pero esto, en la ocasión presente, no me importó. Es más; lo deseaba y, de no haber sido porque debía conservar mis facultades íntegras, creo que hubiera repetido la dosis.

No lo hice, con lo cual salí ganando. Mientras tanto, pensé que había dormido más de cuarenta y ocho horas, cosa que no podía explicarme a menos que hubieran insistido en la aplicación del anestésico, con el fin de tener las manos libres para poder secuestrar también a Althea. Seguramente la creerían cómplice mía y...

Me puse en pie, con la decisión de actuar retratada en el semblante.

—¿No quiere otra copa, amigo? —dijo el «barman».

Saqué fuerzas de flaqueza para sonreír.

—No, gracias; con ésta he tenido más que suficiente. Se portó usted muy bien conmigo y acaso un día tenga ocasión de agradecérselo.

El «barman» se encogió de hombros.

—¡Bah! No se apure. Me gusta hacer favores a las personas decentes, y usted tiene cara de serlo.

—¿Está seguro de ello, amigo? —dije, ya de pie junto a la barra.

El camarero tenía en la boca un palillo de dientes, que cambió de lado.

—Hermano —replicó—, aquí se ve mucha gente, y detrás del mostrador se aprende a conocerla,

—Con eso me basta. ¿Cómo se llama?

—No le digo el nombre auténtico porque es una porquería —masculló muy ofendido el hombre—. Aquí todo el mundo me llama Sammy y con éste me he quedado.

Alargué la mano y estreché la suya.

—Gracias, Sammy —dije—. Yo me llamo Harvey Lamb, pero puede decirme Harv a secas. Recordaré este bar y un día vendré a pagarle el bien que me ha hecho.

Efectivamente, la actitud humana y comunicativa de Sammy me había aliviado en buena parte la tensión que había invadido mi ánimo al enterarme de las desagradables noticias que me había comunicado el señor McCormick. Me estaba serenando por momentos y, aunque continuaba encolerizado, ya no era una ciega ira la que me poseía y que me hubiera llevado directamente al desastre al impedirme reflexionar.

—¡Adiós, Sammy! —dije, saludando con la mano desde la puerta.

—¡Adiós, Harvey!

Había tomado una decisión. Era evidente que los esbirros del desconocido tenían que saber, si no dónde se hallaba Althea, al menos el lugar donde se encontraba su jefe. Y ahora, desarmados, podría interrogarles con superioridad de métodos y...

Me detuve en seco. Un automóvil estaba reduciendo su marcha, desviándose de la autopista y virando hacia la encementada plazoleta que había frente al bar.

El instinto me dijo que aguardase unos segundos. El coche se detuvo y apenas lo había hecho retrocedí hasta situarme al abrigo de una mampara, desde la cual podía ver sin ser visto.

Me felicité por la precaución. En el mismo momento los dos hombres a quienes yo pensaba ir a buscar se apeaban del automóvil.

Los vi completamente desconcertados. Avanzaron hacia el bar y se colaron en él.

Sammy me miró y yo le hice un guiño de inteligencia. El hombre era listo de veras y se arrimó al mostrador por la parte en que estaban aquellos dos hombres.

En cuanto a mí, la enorme mole de una victrola me ocultaba a su vista, dejándome al mismo tiempo la suficiente libertad de movimientos para poderles aventajar si es que llegaba el momento de luchar. Me preparé para cualquier emergencia, pues no era ilógico suponer que tuvieran más armas.

Sammy sacó una botella y dos vasos. Charló con los tipos, de una forma completamente indiferente hasta que, al fin, oí la pregunta que tanto tiempo había estado aguardando.

—Estamos buscando a un amigo nuestro que debe andar por aquí.

—¿Sí? —dijo Sammy negligentemente, en tanto que limpiaba con un trapo el mostrador.

—Sí. Es alto, buen mozo, ojos azules y cabello claro.

—Como ése pasan muchos por aquí a diario —rezongó el «barman».

—Acaso el que nosotros decimos pasó no hace mucho. ¿Le ayudaría esto a recordar, amigo?

«Esto» era un billete que el esbirro agitó ostensiblemente delante de las narices del propio Sammy.

El «barman» apartó a un lado la mano del individuo.

—Guárdeselo, hermano —escupió con desdén—. Ese tipo que ustedes dicen no pasó por aquí. Lo siento.

«¡Gracias, Sammy!», pensé, pero era ya hora de que empezase a actuar.

Con paso felino, completamente silencioso, salí de mi escondrijo, acercándome a los dos individuos sin que ellos notaran mi presencia. Bendije el temple de acero de los nervios de Sammy, pues no pestañeó siquiera al verme andar.

—Creo que yo podría ganarme honradamente ese billete —dije de improviso.

Los dos sicarios se volvieron con la rapidez del rayo.

Pero se quedaron clavados en el sitio al ver la demoledora sólidamente plantada en mi puño.

Sonreí con desdén.

—Creo que sois más sensatos que lo que parecía. Así me gusta veros, quietecitos y formalitos como colegiales en el día de la entrega de diplomas. ¡Sammy!

—¿Qué hay, Harv?

—¿Ha visto usted alguna vez un par de orangutanes sin tener que pagar entrada?

El hombre soltó una carcajada.

—¡Jamás hasta ahora, Harv! Pero no niego que es un magnífico espectáculo, pese a su baratura. ¿Qué va a hacer con ellos?

—Me los llevaré a un sitio donde me digan lo que hicieron con una chica por la cual siento mucha simpatía.

—¿Secuestro, Harv?

—Algo por el estilo, Sammy.

El «barman» meneó lentamente la cabeza.

—Eso es un pecado muy gordo aquí, Harv. Generalmente suelen tostar a los culpables de rapto.

—Ya me encargaré yo de ahorrar trabajo al verdugo, Sammy. Gracias por todo y hasta la vista. ¡Vosotros, echad a andar!

Cabizbajos, mordiéndose los puños a causa de la impotente rabia que los dominaba, los dos esbirros hicieron lo que yo les ordenaba.

—Vosotros —seguí ordenando—, subid delante. Yo iré detrás y no es preciso explicaros lo que estas armas pueden hacer, de modo que procurad portaros como personas decentes.

No hizo falta ninguna advertencia más. Unos segundos más tarde el coche arrancaba, siguiendo la dirección que yo les había indicado.

CAPÍTULO IX

El coche rodó a buena velocidad. Uno de los dos gorilas lo conducía y seguía en todo momento mis indicaciones, las cuales estaban de acuerdo con las señales que recibía en mi cinturón antigravitatorio. Buscaba al jefe de la banda y sólo deseaba echarle la mano encima para estrujarle el cuello, no sólo por el secuestro de Althea, sino por lo que me había hecho a mí.

Durante largo rato el automóvil se deslizó sin el menor inconveniente, hábilmente manejado por el conductor, el cual, como su compañero, sabía que la séxtuple boca de la demoledora no se apartaba de sus cogotes. Poco a poco, la luz del día iba creciendo y los contornos de las cosas iban adquiriendo forma.

Ninguno de los tres cruzamos palabra en todo el tiempo que duró el viaje. Éste parecía que iba a deslizarse sin el menor contratiempo, cuando, de pronto, nos vimos enfrentados con lo inevitable.

Inesperadamente, en un cruce, un pesado camión, conducido por un loco o un borracho, cargó sobre nosotros con todo el ímpetu de su pesada mole.

En un segundo capté las claras intenciones del conductor del enorme camión. Los dos esbirros se dieron cuenta igualmente, y el que pilotaba el automóvil golpeó desesperadamente el volante, con ánimo de escapar a la catástrofe que se nos echaba encima.

Instintivamente, me encogí cuanto pude en mi asiento, convirtiéndome en una pelota. Al momento, un horroroso ruido de hierros retorcidos y cristales rotos sonó en mis tímpanos.

Me sentí violentísimamente agitado y zarandeado por el fenomenal choque. El automóvil fue levantado de morro al recibir el terrible impacto del camión en su parte delantera y luego, como si de una simple pluma se hubiera tratado, rebotó contra la parte exterior de la autopista.

Sentí que todo daba vueltas en derredor mío. El cielo y la tierra se confundieron momentáneamente, al mismo tiempo que sentía numerosos golpes en todas las partes de mi cuerpo. Bruscamente, el coche chocó con un obstáculo más sólido y se detuvo, con un definitivo y atronador impacto que resonó con la potencia de un cañonazo.

Durante unos momentos permanecí en el suelo como atontado,

mareado, sintiendo zumbar en mis oídos todo el fenomenal estrépito del accidente. Pero, no tardé en darme cuenta que éste no había tenido nada de casual y que antes de muy poco el conductor del camión se acercaría para rematar su obra.

Haciendo un verdadero esfuerzo, me incorporé.

Recogí una de las demoledoras, que hallé al tacto, y luego, pegando una patada a la puerta, la abrí. El hecho que, después de tres o cuatro vueltas, el coche hubiera quedado casi en posición normal, me facilitó bastante la operación.

Sin embargo, apenas si podía andar. No parecía tener ninguna herida grave, pero me sentía como si tuviera todos los huesos convertidos en pasta. No obstante, pude alejarme unos metros de allí antes de que, de modo súbito, estallara el tanque de gasolina del coche y comenzara a arder.

Uno de los dos sicarios quedó allí dentro, precisamente el conductor, aprisionado por el volante, y sus gritos de agonía me atronaron los oídos. Lo vi agitarse frenéticamente en medio de las llamas, pero, la verdad, ya no había nada que hacer por él.

El otro, en cambio, había tenido más suerte y se estaba arrastrando por el suelo, tratando de huir de las consecuencias del incendio. Pudo lograrlo, pero a pocos pasos de mí cayó al suelo, quedando exánime.

Mientras tanto, y tal como yo había supuesto, el conductor del camión había descendido de éste y, seguido por uno de sus compinches, seguramente el que figuraba como ayudante, corría hacia nosotros. Sus intenciones estaban bien claras, pues apenas me vio levantó la mano armada con su demoledora.

Un rayo de intolerable calor pasó muy cerca de mí. Revolcándome, rodando sobre mi maltratado cuerpo, pude esquivar aquel disparo que había abierto un ancho claro en la superficie del suelo contiguo a la autopista. Un par de árboles desaparecieron asimismo.

Pero en aquellos momentos yo luchaba no sólo por mi vida, sino por la de Althea. Con el pulgar gradué la intensidad de la batería y luego oprimí el disparador.

No quise correr ningún riesgo. Moví el cañón de la demoledora en abanico, a la altura del vientre, barriendo con una descarga continua todo el frente.

El conductor y su ayudante desaparecieron, esfumándose como si jamás hubieran existido, lo mismo que la mitad delantera del camión.

Mientras tanto, el coche continuaba ardiendo y consumiendo el cadáver del otro esbirro. El que se había salvado rebulló en el suelo y entonces me fui hacia él.

Lo acogoté, sacudiéndolo fuertemente. El hombre estaba tan aturdido que no acababa de creer todavía en su buena suerte.

Aprovechándome de su relativa inconsciencia, le hice ponerse en pie.

—¿Qué te propones? —balbució.

—¡Vamos! —gruñí en tono truculento—. Camina delante y no intentes hacer nada, porque te quemo.

El individuo obedeció, ya que, aparte de que no le quedaba otro remedio, sus condiciones físicas habían disminuido notablemente a consecuencia del accidente. Se puso la mano en una de sus orejas, desgarrada por un corte, y luego, vacilando y tambaleándose, echó a andar delante de mí.

Tampoco yo me encontraba mucho mejor, pero era el que dominaba la situación y, además, el deseo de hallar a Althea me infundía unas energías casi sobrehumanas.

De modo que, volviendo la espalda a la autopista, nos adentramos por un cercano bosquecillo, huyendo de los curiosos que ya se empezaban a arremolinar en torno de los vehículos destruidos. A lo lejos oí el aullido de una sirena policíaca, pero el bosque nos tragó, borrando nuestro rastro visual.

Caminamos dentro del bosque por espacio de una media hora, hasta que lo hubimos atravesado totalmente. Al llegar a su linde permití al rufián que se sentara, a descansar.

Me miró con aspecto de hallarse terriblemente abatido.

—¿Qué es lo que vas a hacer conmigo, Híos? —preguntó, dándome mi legítimo nombre.

Procuré tomar aliento antes de dar mi respuesta. Me dejé caer en el herboso suelo, apoyando mi dolorida espalda en el tronco de un árbol, pero sin dejar a todo esto de apuntarle constantemente con la demoledora.

—Ante todo —repuse—, quiero saber cómo te llamas. Que eres marciano, no me cabe la menor duda; no hay quién, fuera de nosotros, sepa hablar nuestro idioma. Vamos, dímelo.

—Me... me llamo Adhuz —dijo, no sin alguna vacilación.

—Perfectamente, Adhuz. Ahora me vas a contar, punto por punto, lo que ha ocurrido durante todo este tiempo mientras yo dormía.

Vi asomar un punto de temor en los ojos del rufián y agité ostensiblemente la pistola.

—No me digas que ese bandido de tu jefe te matará si hablas, porque ahora no está aquí. Estamos los dos solos y la única pistola que hay es la mía. Si te piensas que voy a detenerme en sentimentalismos estás listo, ¿me entiendes?

Asintió, pero sin decidirse todavía, en vista de lo cual resolví continuar ablandándole.

—Mira —dije, obrando al mismo tiempo que actuaba—; ahora estoy graduando la demoledora a mínima. Esto, que en Marte apenas si te produciría unas ligeras quemaduras, aquí te arrancará un brazo o una pierna de cuajo. Y como además cauteriza la región amputada, es obvio que no habrá hemorragia, por lo que, aunque mutilado, podrás vivir durante mucho rato.

—¿Se... serías capaz de hacer tal cosa, Híos? —balbució, lívido.

Me eché a reír.

—¡Mira, Adhuz! —dije, y apreté el gatillo. Había al lado del esbirro un corpulento árbol, que quedó instantáneamente tronchado por el punto en que le había alcanzado la descarga. El árbol cayó, con sonoro estruendo de ramas tronchadas, y Adhuz hubo de apartarse a un lado para no ser aplastado por aquella mole.

La demostración pareció ser suficiente. Adhuz quedó medio tendido en el suelo, con una mano apoyada en el pecho, jadeante, mirándome con ojos desorbitados por el intenso pánico que se había apoderado de su espíritu.

—¿Qué es lo... lo que quieres saber, Híos?

—Lo primero y principal, ¿quién es ese jefe vuestro que os daba órdenes con tanta autoridad?

—No lo sé…

—¡Mientes! —grité, agitando la pistola. Adhuz extendió las manos hacia mí, como si quisiera contener el disparo que parecía estar a punto de brotar de las seis bocas del arma.

—¡No, no; te lo juro, Híos! ¡No lo hemos visto jamás antes de…!

—Entonces, maldito estúpido, ¿cómo obedecíais tan ciegamente sus órdenes?

—Teyar —es el otro que murió— y yo recibimos aviso de que alguien iba a venir a buscarnos y que se nos presentaría mediante determinada contraseña, debiendo obedecer ciegamente, sin poner ningún reparo, todas las órdenes que quisiera darnos. ¿Qué otra cosa podíamos hacer?

—Entiendo —dije, despechado, pues vi que el esbirro decía la verdad. Luego alcé la voz—. ¿Te has dado cuenta de que lo que ha estado haciendo ese hombre no es más que una serie inacabable de crímenes, en modo alguno relacionados con las misiones que se nos encomendaron?

Adhuz abatió la frente.

—Ya lo sé, pero las órdenes…

—¡Al diablo con las órdenes! —exclamé, exasperado—. ¿Incluían también éstas el rapto de terrestres?

—Yo no podía hacer otra cosa que obedecerle, Híos; te ruego comprendas mi posición.

—Está bien —mascullé, rabioso. ¿No hubiera hecho yo, quizá, lo mismo de hallarme en su pellejo?—. Ahora dime: ¿dónde está la chica?

—Lo ignoro, Híos.

—¿Por qué?

—Yo no fui a raptarla; me quedé vigilándote por si acaso despertabas.

—Teyar acompañó al jefe, ¿verdad?

—Sí. Pero no me dijo dónde la habían dejado.

—Ese tipo es muy listo —renegué a media voz—. No deja que su mano izquierda sepa lo que hace la derecha. Y ahora Teyar ha muerto. Otra cosa, Adhuz.

—¿Sí, Híos?

Medité un momento. Después pregunté:

—¿Qué sabes tú acerca de esa supuesta conspiración contra los Pentarcas?

—Nada. Sólo lo que escuché cuando el jefe te estaba interrogando.

No acababa de entender aquello. ¿Por qué se me acusaba a mí de conspirador contra la Pentarquía cuando, en realidad, no había tenido tiempo de relacionarme con ningún otro marciano que no fueran aquéllos que tanto me habían combatido?

—¿Estás seguro de ello, Adhuz? —pregunté.

—Jamás había oído antes nada semejante, Híos. Puedes creerme. Yo mismo me quedé estupefacto al escuchar aquello.

Le creí. Un tipo como Adhuz era hombre que sólo se limitaba a pensar, sin meterse en muchas honduras. Una equivocación de quienes lo habían enviado a la Tierra, ciertamente. Pero parte de aquella equivocación la estaba pagando yo.

Pero entonces, ¿por qué hablaban de conspiración? Y además, en la Tierra, donde tan difícil era intentar nada contra la Pentarquía; donde, además, por muchos marcianos que estuviésemos, nos hallábamos todos desperdigados, sin contactar los unos con los otros, sin conocernos tan siquiera ni mucho menos saber las posibilidades ajenas. Aquello parecía ser una falsa maniobra encaminada a desorientar... ¿a quién?

Renuncié a descifrar el lío, porque esto sólo podía hacerlo una persona: el desconocido. Y de momento estaba fuera de mi alcance.

Quedé unos momentos perplejo, sin saber qué hacer, completamente falto de guía. Había ido a la Tierra con una misión y resultaba que estaba actuando, si no de una manera completamente opuesta, sí muy distinta a la que yo había esperado. Aquello no parecía tener pies ni cabeza y la mía, a fuerza de pensar, empezó a dolerme. Al fin dije:

—Tendremos que irnos de aquí, Adhuz.

—¿Adónde?

—A un lugar en el cual podamos adecentarnos y cambiar de ropas. Éstas han quedado muy destrozadas y no nos sirven, además de que nos harían pasar por sospechosos y acarrearnos algunos inconvenientes que nada bueno podrían reportarnos. Después, buscaremos a ese tipo y puedes tener por seguro de que no se irá sin recibir su merecido.

—¿Piensas… matarlo?

Apreté las manos.

—Si ha tocado un solo cabello de la chica… ¡lo estrangularé como un pollito! —exclamé con ferocidad, y Adhuz se espantó—. ¡Vamos! —le ordené—. Ponte en pie; hemos de continuar.

Obedeció al instante. Me miró, como interrogándome con la mirada y yo agité la pistola, enseñándole el camino.

—¡Delante de mí todo el rato y no vuelvas la cabeza mientras yo no te lo ordene! Desobedecer podría costarte muy caro, recuérdalo, Adhuz.

Asintió con un gesto. Dio un paso al frente, al mismo tiempo que yo iniciaba la marcha, pero de pronto, como si nuestros movimientos hubieran quedado sincronizados, los dos nos detuvimos como clavados en el suelo.

Un segundo antes el césped estaba completamente vacío, agitada su superficie por una ligera brisa mañanera. En el instante siguiente, una brillante astronave se materializó, como salida de la copa del sombrero de un prestímano, a media docena escasa de metros de nosotros.

No habíamos visto llegar la nave, ni tampoco habían percibido nuestros oídos el menor ruido. Pero estaba allí, luciente, poderosa, abrumándonos con la enormidad de su mole.

Adhuz palideció terriblemente al ver la roja insignia que destacaba en uno de los costados del colosal disco. Balbució unas cuantas palabras sin sentido y luego me miró a mí, como solicitando mi auxilio.

Pero yo poco podía hacer en tal sentido. Desde luego, era una nave marciana, no cabía la menor duda. Ahora bien, la duda se planteaba inmediatamente: ¿amiga o enemiga?

La escotilla se abrió y una serie de escalones se desplegó automáticamente para permitir un cómodo descenso hasta el suelo. Era una nave mucho mayor que la mía, y podía contener sin dificultad alguna dos docenas de tripulantes.

¿Cuántos vendrían en ella?

Por el momento no salió más que uno, de media edad, alto, con una natural arrogancia exenta por completo de todo orgullo, porque era connatural en él. Sus ojos brillaron al vernos y una débil sonrisa apareció en sus labios.

Yo no dejaba de mirarle.

El recién llegado descendió los escalones con paso normal. Vestía ya ropas terrestres y parecía como si toda su vida hubiera llevado aquella indumentaria completamente terrestre, pues se le veía muy desenvuelto.

Al llegar al suelo caminó unos cuantos pasos, hasta quedar frente a nosotros. Sonrió otra vez y dijo:

—Me alegro de verte, Híos. ¿No me das la bienvenida?

Intuí que me encontraba en presencia de alguien muy superior a mí en categoría y bajé la cabeza a modo de saludo, levantándola casi en el acto. Adhuz me imitó, pero no se atrevió a separar su vista del suelo.

—Lo haría con mucho gusto si supiera quién eres. Por otra parte, no me creo el más caracterizado para ello, señor.

—Puedes hacerlo tranquilamente, Híos, pues estás aquí. Sin embargo, dejando a un lado los formulismos, ahora innecesarios, te diré que me llamo Dabaouk.

Una sonora interjección se escapó de mis labios antes de que pudiera contenerme. El asombro más absoluto se pintó en mi rostro.

—¡Dabaouk! —exclamé al fin—. ¡El Primer Pentarca!

—Exactamente —dijo.

Sentí que la sangre afluía a mis mejillas impetuosamente.

—Siento haberte defraudado, Dabaouk. Mi misión ha fracasado rotundamente porque…

Me interrumpió.

—Estoy enterado en parte de lo ocurrido, Híos, y considero que la culpa no es tuya. Te has visto envuelto en una serie de acontecimientos, que encadenándose uno tras otro de modo por completo independiente de tu voluntad, te forzaron a hacer cosas que no han sido del todo de tu agrado. Ello, no obstante, he de decirte que no me siento del todo disconforme con lo que has hecho, Híos.

—Éstas son las mejores palabras que he oído desde que llegué a la Tierra, Dabaouk —murmuré, agradecido.

Dabaouk sonrió.

—Muy bien, Híos. Celebro que lo tomes en ese sentido. Y ahora ten la bondad de informarme de todo sin omitir el menor detalle.

Así lo hice.

Cuando terminé mi extenso relato los ojos de Dabaouk chispeaban de ira. Miró a Adhuz y éste pareció arrugarse de un modo inverosímil.

Le ordenó:

—Sube a la nave, Adhuz. Luego decidiremos tu destino.

Adhuz obedeció sin rechistar. En cuanto a Dabaouk, me miró con una simpatía, cuyo origen no acababa yo de comprender, y luego sonrió. Me preguntó:

—¿Quieres a Althea, verdad?

No respondí, pero mi actitud hablaba mejor que todas las palabras.

Dabaouk dijo:

—Está bien. Vamos a buscar al traidor y castigarlo como se merece. Sígueme, Híos… o mejor dicho Harv. Será mejor que me vaya acostumbrando a llamarte por tu nombre terrestre.

El Primer Pentarca hizo un leve ademán hacia la nave y la astronave se esfumó como si jamás hubiera existido.

CAPÍTULO X

Dabaouk repitió:

—¿Vamos?

Empezó a caminar y le seguí. Vi que tenía en la mano un aparato cuyas indicaciones consultaba con la mayor atención. Estaba tratando de orientarse y al fin, una vez lo hubo conseguido de manera definitiva, tomó el rumbo que nos convenía y que no era otro que el de la autopista que había abandonado unas horas antes.

Sin embargo, no volveríamos al lugar donde se había producido el accidente, sino un kilómetro más arriba, con el fin de evitar posibles investigaciones que fueran una molestia para mí. Era una medida de prudencia. Mientras caminábamos, Dabaouk me preguntó:

—¿No te imaginas quién es ese misterioso desconocido que tanto daño te ha hecho, Harv?

—Si he de serte franco, no, Dabaouk. Nunca le he podido ver el rostro y...

El Pentarca sonrió suavemente.

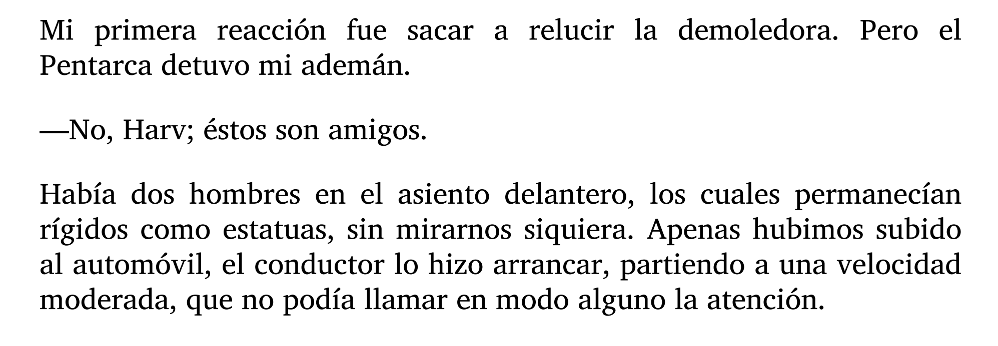
—¿Es necesario —me preguntó— ver el rostro de una persona para reconocerla?

—Lo siento, pero en este caso he de confesar mi absoluto fracaso, Dabaouk. Y ahora, a mi vez, ¿me sería permitido preguntarte cómo es que conoces a Althea?

Esto me había asombrado profundamente. A juzgar por mis palabras, no sólo la conocía, sino que estaba enterado de que la amaba. Y para mí resultaba un poco fuerte el que un hombre recién llegado de Marte conociese este detalle que hasta entonces había creído ser de mi exclusiva intimidad.

—Tendrás todas las explicaciones a su debido tiempo. Ahora bástate saber que vamos en busca de ese hombre para sancionarle como se merece.

Una hora más tarde, habiendo caminado con tranquilidad, sin prisa alguna, pese a la impaciencia que me devoraba, salíamos a la carretera. Un par de minutos más tarde, un coche se detuvo junto a nosotros.



Mi primera reacción fue sacar a relucir la demoledora. Pero el Pentarca detuvo mi ademán.

—No, Harv; éstos son amigos.

Había dos hombres en el asiento delantero, los cuales permanecían rígidos como estatuas, sin mirarnos siquiera. Apenas hubimos subido al automóvil, el conductor lo hizo arrancar, partiendo a una velocidad moderada, que no podía llamar en modo alguno la atención.

—Parece ser que tienes todo previsto, Dabaouk —comenté.

—Lo mismo que tu enemigo, Harv. También él había enviado ese camión que destrozó vuestro coche.

—Puede repetir la faena ahora —objeté, muy aprensivo.

—No... a no ser que la haga él en persona. Y dudo mucho que se atreviese a tanto. En el momento actual está solo.

Esto me impresionó desagradablemente.

—¿Y lleva consigo a Althea?

—Sí.

—No me gusta.

—¿Por qué, Harv?

Me expliqué:

—Un hombre solo, en sus condiciones, es muy peligroso. Se siente acorralado y, viendo que ya no tiene ninguna salida, es capaz de las mayores barbaridades, con tal de salvar la vida. Francamente, Dabaouk, temo por la vida de Althea.

El Pentarca sonrió.

—Debieras preocuparte más por la vida de ese traidor, Harv. Puedes estar seguro de que Althea no ha sufrido, hasta ahora, el menor daño.

—¡Ojalá siga siendo así! —exclamé fervorosamente.

El coche continuó su camino y atravesamos la ciudad en sentido inverso. Abandonamos el área edificada y salimos de nuevo a la carretera.

Entonces reconocí el camino. Y cuando supe donde íbamos, me volví hacia el Pentarca con cierto gesto acusador.

—¡Podías haberlo dicho antes! —exclamé, dando al diablo toda cortesía.

—¿Qué hubieras ganado con ello, Harv?

—¿Es que está allí?

—Por favor, Harv; ten un poco de paciencia. Aunque... —añadió con una sonrisa— yo también estuve enamorado en otros tiempos. Y veo que en todas partes el amor es lo mismo. Terrestre o marciano, ¿qué más da?

No contesté nada. Lo único que deseaba era llegar cuanto antes a casa de Althea, que era a donde nos dirigíamos, y media hora más tarde el coche se detenía ante el pórtico de acceso a la señorial mansión.

Al ruido de las ruedas al pisar la gravilla del sendero de acceso salió un hombre del edificio, el cual se precipitó hacia nosotros.

—¡Harv! —gritó—. ¿Qué sabes de mi hija?

Vacilé. Miré al Pentarca como pidiéndole auxilio.

El señor McCormick también le miró.

—¿Quién es, Harv? —preguntó.

Antes de que yo pudiera hacerlo, el Pentarca se adelantó.

—Un buen amigo de Harv, señor McCormick, y que está aquí precisamente para devolverle a su hija.

—¡Dios mío! —exclamó el padre de Althea—. ¿Será eso posible?

Dabaouk asintió.

—Y tanto. Como que ya no faltan muchos minutos para que la tenga usted delante. Sin embargo, señor McCormick, creo que sería prudente entrar en la casa.

—¡Oh, sí, sí, dispénseme usted, amigo mío! Vengan, por favor.

Antes de entrar, el Pentarca se volvió hacia los dos hombres que aún estaban en el automóvil y les dio unas órdenes, que no pude oír. La

pareja asintió con unánime gesto y el coche arrancó, dando la vuelta al edificio para dirigirse a la cochera.

Entramos en la casa, dirigiéndonos a la biblioteca, enorme estancia donde había una serie interminable de estanterías, todas ellas repletas de libros, de gran valor en su mayor parte. El ambiente era lujoso, pero sin indiscretas estridencias.

Dabaouk contempló todo aquello, girando a medida que su vista iba recorriendo la habitación.

—Un lugar muy agradable para vivir, señor McCormick —dijo al fin, satisfecho de su examen.

—No está mal del todo —dijo el padre de Althea, visiblemente impaciente.

—Supongo que su esposa debió ser muy feliz con usted, ¿verdad, señor McCormick?

El padre de Althea se sobresaltó.

—Sí… ¡eh! ¿Por qué lo dice usted? ¿Cómo lo sabe?

—Althea se le parece muchísimo. De haber vivido, se las hubiera confundido fácilmente como hermanas, ¿no es cierto?

—Sí; la muchacha es el vivo retrato de su madre.

—Una lástima que su esposa muriera, señor McCormick. Quizás en mi… país pudiera haberse salvado. Pero ella vino aquí voluntariamente y ya sabía los riesgos a que se exponía. Entonces aquí la medicina estaba un poco atrasada.

—No acabo de entenderlo —murmuró el padre de Althea, completamente desconcertado, lo mismo que yo.

Dabaouk sonrió enigmáticamente.

—No tardarán mucho en saberlo todo —dijo—. Mientras tanto, les ruego un poco de paciencia. Ese hombre y su hija no tardarán mucho en hallarse aquí. Harv, he oído mucho hablar de los licores tan exquisitos que aquí se fabrican.

El señor McCormick miró a Dabaouk con ojos dilatados por el asombro. Pero el Pentarca no le hizo el menor caso.

En un rincón de la biblioteca había un mueble con servicio de licores. Vertí de una botella en sendas copas y entregué una a Dabaouk, quien la contempló al trasluz.

—Parece muy bueno. Algunas veces me llevaron muestras, pero, por lo visto, los licores terrestres no soportan tan bien las altas aceleraciones de las naves espaciales y se estropean. Tendremos que pensar un medio de conservarlos. ¡A su salud, señor McCormick! ¿Se dice así, verdad?

Yo estaba haciéndome cruces viendo a Dabaouk hablar y me parecía imposible que un Pentarca se comportara de aquel modo. Casi había llegado a olvidarme de Althea.

Pero algo me la trajo a la memoria de repente: el ruido de un coche rodando por el empedrado del sendero del jardín.

—¡Ya están ahí! —dijo Dabaouk con toda frialdad.

Eché mano a la demoledora, al mismo tiempo que McCormick se precipitaba hacia la puerta de la biblioteca.

El Pentarca detuvo nuestros gestos con una seca orden.

—¡Quietos! —y luego añadió—: No se muevan. Permanezcan tranquilos y, oigan lo que oigan, déjenme actuar a mí. Yo soy el que debo llevar la voz cantante, ¿comprendido?

Asentí y el padre de Althea también, no sin algún refunfuño por nuestra parte. Dabaouk dijo:

—Sirve dos copas más, Harv.

Las preparé, y justo acababa de verter en ellas el licor cuando sentimos pasos que se aproximaban la estancia.

Todos mis músculos se tensaron, listos para, a pesar de las órdenes del Pentarca, entrar en acción cuando lo creyese necesario. Y un segundo más tarde la puerta de la biblioteca se abrió y Althea entró en ella.

La muchacha, nos miró con gesto inexpresivo, sin hacer el menor ademán por saludarnos. Comprendí su actitud cuando vi, y reconocí, al hombre que detrás de ella, encañonándola con una demoledora, cuya boca se apoyaba directamente en la espalda de la muchacha, entraba también en la biblioteca.

Sin moverse del cómodo sillón en que se encontraba, Dabaouk levantó su copa y sonrió.

—¡A tu salud, Dubuth!

¡Dubuth, el Tercer Pentarca!

Estaba allí, mirándonos con ojos en los que fulguraba la expresión de un diabólico odio, viéndose en su rostro el ansia de matar.

—Sabía que vendrías aquí, Dubuth —continuó Dabaouk—. No tienes otro sitio al cual recurrir… si quieres obtener una mínima posibilidad de alcanzar tus desatentados planes, que, por otra parte, espero obstaculizar con éxito.

Los ojos de Dubuth parecieron convertirse en dos brasas. Dijo:

—No lo conseguirás, Dabaouk. Estoy aquí precisamente para eso; para mataros a los cuatro, y así suprimir el último estorbo que me queda.

Dabaouk soltó una leve carcajada. Tomó un sorbito de vino y continuó:

—¡Pobre iluso! —dijo—. El ansia de poder se te ha subido a la cabeza. Pero todo ha terminado para ti, Dubuth; en este momento eres un hombre prácticamente muerto.

—Todavía estoy vivo, Dabaouk, y con las armas en la mano. Date prisa, si tienes algo que decir. A fin de cuentas, «aún» —y subrayó deliberadamente esta palabra— eres mi colega.

Pero Dabaouk no perdía la ecuanimidad, pese a la truculencia del tono en que hablaba el Tercer Pentarca.

—Dubuth, has de saber que he venido aquí para castigarte. Defraudaste no sólo a tus compañeros de la Pentarquía, sino al pueblo entero de Marte, al querer ejecutar las cosas de un modo muy distinto al que se ha ordenado. Esto tiene un nombre que lo califica: traición, y la traición sólo se castiga de una forma.

Una sombra siniestra flotó sobre nosotros durante unos momentos. Vi al padre de Althea mirarnos con los ojos desorbitados, pensando seguramente que su casa se había convertido en el albergue de unos orates, su hija incluida, pero luego seguí prestando atención al diálogo entre los dos Pentarcas.

—Hablas demasiado, Dabaouk —dijo desdeñosamente aquel canalla.

—Puedo permitirme ese lujo —contestó fríamente Dabaouk—. Dubuth, tú quisiste llevar las cosas a tu manera, y excuso decirte que todos lo hemos desaprobado. Ésta no es manera de conquistar un planeta.

—No hay más que un medio de tratar a los terrestres: ¡la fuerza! —exclamó orgullosamente Dubuth.

Pero el otro meneó la cabeza.

—Estás en un error, Dubuth; en un gravísimo error. No se puede conquistar un planeta por la fuerza. ¿Cómo quieres recibir amor si primeramente has sembrado el odio? Nuestros planes, tú lo sabes, establecen la penetración pacífica, cordial, amistosa, y tú has querido hacerlo por medio de la violencia y el terror. ¿Con qué derecho les vas a hablar a los terrestres de todos esos sentimientos nobles si previamente has matado tú para dominarlos, sobre todo cuando ellos no te han combatido? Nuestras intenciones son muy distintas, Dubuth; y por haberlas traicionado tú morirás. Y como tú, todos cuantos intenten desviarse de la línea de conducta que nos hemos trazado.

»Conquistaremos la Tierra, sí; pero de modo pacífico y gradual, sin dar a ninguno de sus habitantes el menor motivo de queja o de odio contra nosotros. Sólo así, cuando hayan visto claramente la rectitud de nuestras ideas, podrán aceptarlas, y entonces lo harán de buen grado, sin la menor oposición. Pero no necesito decirte que tu modo de proceder sólo puede conducirnos al desastre y a la enemistad eterna entre las gentes de los dos planetas, que en un futuro acaso aún lejano deben fundirse en uno solo. No se trata ya de agrupar los pueblos ni las naciones, sino los planetas, formando un todo armónico e indestructible, que pueda enfrentarse con garantías de éxito con el porvenir.

Dubuth acogió con una sonrisa de desdén el magnífico discurso de su colega.

—Un estupendo parlamento, a fe mía —dijo—. Pero que no te va a servir de nada. A esta gente sólo se le puede tratar de un modo y es…

Vi reflejada en los ojos de Dubuth el ansia de matar y me preparé para intervenir.

Pero alguien me ahorró los esfuerzos. La biblioteca tenía una amplia ventana que daba al jardín y por ella aparecieron los rostros de los

hombres que nos habían acompañado… detrás de sendas demoledoras.

Dubuth se apercibió también del peligro y lanzó un rugido de ira al verse descubierto. Alargó la mano, pero era ya tarde.

La atmósfera chasqueó sonoramente cuando los dos agentes de Dabaouk descargaron sus pistolas contra el cuerpo del traidor, que instantáneamente se convirtió en una nube de humo.

Althea lanzó un grito y, sin poderse contener, se lanzó en brazos de su padre, quien la acogió enormemente satisfecho del final que había tenido todo. Después me miró a mí y, por último, a Dabaouk.

Antes de acercárseme, se dirigió a este último.

—Gracias, tío —le dijo.

Un grito se escapó de mis labios antes de que pudiera contenerlo. El padre de Althea lanzó también una sonora interjección.

—¿Eh? ¿Qué estás diciendo, Althea?

Dabaouk sonrió.

—Lo que ha oído usted, señor McCormick. Su esposa, la madre de Althea, fue hermana mía y, como el joven que tiene usted delante, una agente marciana. Una agente que perseguía la fusión de las gentes de ambos planetas mediante la única manera que puede tener éxito: el amor y la comprensión.

—¡Tu madre… mi esposa… una marciana…! —balbució el señor McCormick, dejándose caer sin fuerzas en un sillón. Hube de servirle una copa para reanimarle.

Dabaouk me miró, sonriéndome con simpatía.

—Althea era uno de mis mejores agentes también, Harv, y me tenía al corriente de todo. Pero Dubuth lo sabía y, cegado por su ambición y sus insensatas ideas, vino aquí con ánimo de eliminarla. Fue una casualidad increíble que os encontraseis cerca de Madrid, y los esbirros de Dubuth, que la vigilaban muy de cerca, se creyeron que tú estabas en contacto con ella. Por eso te persiguieron y te hicieron pasar ratos tan amargos.

Asentí, comprendiendo ahora perfectamente todo lo sucedido.

Luego miré a Althea, y de repente, con un movimiento unánime, nos

acercamos el uno al otro, tomándonos de las manos.

—En la Tierra, para casarse con una mujer, es preciso seguir determinados ritos, Harv —sonrió ella, de un modo que me dejó idiotizado.

Dabaouk rió estruendosamente.

—Si es por eso, Althea, yo pediré tu mano a tu padre, en nombre de Harv. Es decir, siempre que Harv esté conforme en concederme su representación, ¿comprendes?

Le di mi respuesta a Dabaouk, pero mis ojos miraban al fondo de los de la muchacha.

—Está tardando mucho, Dabaouk —dije.

* * *

Dabaouk tiene razón. La infiltración de los marcianos en la Tierra ha de ser a base de amor y afecto y mutua comprensión. No se puede conquistar un pueblo y luego hacer que nos quieran, si antes los hemos tratado como a esclavos, después de haber pasado a sus gentes a hierro y fuego. Aquél es el plan de conquista marciano.

Y he de confesar que va teniendo éxito. Poco a poco, especialmente cada vez que los periódicos hablan de platillos volantes, pequeñas oleadas de marcianos desembarcan en la Tierra, confundiéndose con sus naturales. Un día llegará que todo se haga público y entonces no haya más que un solo pueblo, con una sola idea: la paz.

Dabaouk anda remoloneando por ahí, retrasando todo lo que puede el momento de su regreso. La verdad es que en la Tierra se está bastante bien y él disfruta enormemente con todas las cosas que hay aquí, que no son tan malas como a primera vista parece.

Hace pocos días, Althea y yo nos detuvimos en el bar que Sammy tiene al borde de la carretera. Sammy acudió enseguida al verme y se mostró muy satisfecho de saludarme y más aún de saber que me había casado con una chica tan guapa.

No pudo evitar un suspiro.

—Si encontrase yo una como Althea, Harv...

—Eso no es difícil —dijo entonces una voz.

Nos volvimos, quedándonos de piedra al ver a Dabaouk encaramado en un taburete, con un vaso lleno de cerveza en la mano.

Sammy se echó a reír.

—Un tipo simpático, Harv. También es de los que pagan y dice que es marciano. ¿Qué te parece?

Miré a Dabaouk y le guiñé un ojo. El Pentarca dijo:

—Tendré que traer una chica de las de allá arriba, para que Sammy vea lo guapas que son las marcianas.

—Cuando quiera, amigo. En cuanto la traiga me casaré con ella.

Reímos. Pero más reí yo, sobre todo pensando en el momento en que Sammy se entere de que su esposa ha nacido en Marte. Porque Dabaouk es hombre que cumple la palabra que empeña.

FIN